CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



MADRID:

RIOS, MONIER, CUESTA.

Catalogo *de las obras dramáticas de la propiedad del* **Círculo Literario Comercial**, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos están locos.
El valor de la muger.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo*.
El Trovador, *refundido*.
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del Diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

Sullivan.
El peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas.
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¿Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos...
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa*.
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los treses el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

RICARDO III.

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADO A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON ANTONIO ROMERO ORTIZ.

Representado por primera vez en el teatro del Principe el 16 de febrero de 1853.



N.° 204.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO NÚM. 14.
1853.

PERSONAS.	ACTORES.
LA REINA, *viuda de Eduardo IV.*	DOÑA MANUELA RAMOS.
LADY ISABEL, *su hija.*	DOÑA JOSEFA PALMA.
NELLY, *hija de Hawkins.*	DOÑA JOSEFA GARCÍA.
RICARDO III.	DON JULIAN ROMEA.
RAOUL DE FULKES, *bajo el nombre de* SCROOP.	DON ANTONIO PIZARROSO.
HUG HAWKINS.	DON PEDRO LOPEZ.
RUTLAND.	DON FRANCISCO OLTRA.
JOHN SLANGHTER.	DON MANUEL SOTOMAYOR.
DIGHTON.	DON JOSÉ PEREZ PLÓ.
FORREST.	DON LÁZARO PEREZ.
GUILLERMO, *aprendiz de Hawkins.*	DON CALIXTO BOLDUN.
WEBERBY.	DON FERNANDO GUERRA.
MONTAGU.	DON ANTONIO LOZANO.
STANLEY.	DON PATRICIO SOBRADO.
LEIMEREY.	DON ANTONIO GONZALEZ.
PATRICK.	DON JOSÉ MAS.
SURREY.	DON RAMON DE GUZMAN.

PAJES, ARQUEROS, SOLDADOS, BARONES, UGIERES, etc.

La escena pasa en Inglaterra. Los dos primeros actos en Londres, el tercero y el cuarto en Nottingham, y el último en Leicester.

ACTO PRIMERO.

Sala del consejo en el palacio Baynard: dos puertas laterales á derecha é izquierda: por el fondo, que está abierto, se vé la ciudad de Lóndres.—Arquitectura gótica, trofeos, banderas, blasones.—Primer término, á la izquierda, una gran mesa cubierta de cartas geográficas y de papeles de Estado: á la derecha un sillon.

ESCENA PRIMERA.

STANLEY.—SURREY.—MONTAGÚ.—CONSEJEROS.

MONT. *(Entrando con los lores que disputan entre sí, y procurando contenerlos.)* Por Dios, milores, por Dios, estais en la sala del consejo, es verdad; pero estais tambien en Baynard, á dos pasos del lecho fatal donde la duquesa de York, la augusta y venerable madre de Ricardo, lucha con la muerte, y no lejos de las habitaciones de lady Ana, su mujer, que no tiene mas que algunas horas de vida.—Pensad en esto, milores: dos desgracias en un dia, dos duelos en una casa.—Si el pesar no modera vuestra cólera, modérela al menos vuestro respeto. *(Sale por la izquierda.)*

STANL. Montagú tiene razon... pero lo dicho dicho: el

pueblo quiere la paz y los soldados están hartos de guerra.

SURREY. Y dónde has aprendido eso? Crees tú que nosotros protegeriamos esa invasion? Nos calumnias, vive Dios... la Inglaterra se herizaria de lanzas y de espadas para rechazar á esos bandidos.

STANL. Bandidos! ¿Quiénes son los bandidos?.... Richemond?

ALGUNOS. Sí, sí!

OTROS. No, no!

SURREY. Milor Stanley, él es vuestro pariente; pero confesad que no está hecho de la pasta de que se hacen los reyes.

STANL. Por nuestra Señora, lord Surrey, todavia no está mi espada tan enmohecida que no pueda salir de la vaina.

SURREY. Como gusteis, milord; pero yo guardo mi valor y mi espada para los enemigos del rey.

STANL. Quién ha hablado aquí de vender á Ricardo! Yo le sirvo como tú; pero esa no es una razon para deshonrar á Richemond, á Richemond, que no piensa sino en casarse con la hija de Eduardo.

SURREY. Será asi, pero mientras tanto, se aproxima á Milford-Haven con dos mil hombres.

STANL. Y por qué se le obliga á reivindicar la corona? *(Ricardo entra seguido de Rutland y de algunos lores.)*

ESCENA II.

Dichos.—RICARDO.—RUTLAND.—AMIGOS DEL REY.

RICARDO. *(Entrando.)* Reivindicar la corona? ¡Por san Jorge! Aun no está muerto el jabalí. ¿Reivindicar la corona? ¿Con qué titulo? ¿Con qué derecho? ¿La Inglaterra es acaso un nido de bastardos? Escuchad bien, porque se atenta á vuestros derechos como á los mios. (*A Stanley.*) ¿Reivindicar la corona? Y ¿eres tú quien osa pronunciar

esta palabra, Stanley; tú que me has visto coronar dos veces en Wesminster y en York, y á quien yo hice senescal de mi casa? Eres tú!... ¡Vive Dios! ¿Me tienes por un rey de carton?... ¿Se ha eclipsado ya el sol de York?... ¡Por san Jorge! El jabalí no ha muerto aun: conserva todos sus dientes, y se acerca el momento en que los vais á contar por las heridas que harán.

STANL. *(Confundido.)* Milord...

RICARDO. *(Dejando caer la mano sobre el mapa, y siguiendo con el dedo la indicacion de los lugares.)* Hé aquí mis estados; hé aqui la Bretaña y la Irlanda: del norte al mediodia, y del este al oeste, todo me pertenece!—Y á vosotros tambien, milores... lo que yo tengo, lo teneis vosotros.... ¡Por Dios vivo! que no ha de ser ese bastardo el que nos ha de hacer temblar. *(Entran dos mujeres enlutadas, una por la derecha y otra por la izquierda.)*

ESCENA III.

Dichos.—MONTAGÚ.—UN UGIER.

MONT. Milord, la reina, vuestra augusta esposa, se muere: desea volver á ver á vuestra magestad antes de morir.

RICARDO. Voy al momento.

UGIER. La duquesa de York, vuestra augusta madre, se muere: suplica á su alteza que le conceda un momento.

RICARDO. Está bien: está bien. *(Montagú y el ugier permanecen en el fondo.)*

ESCENA IV.

RICARDO.—LOS CONSEJEROS.

RICARDO. *(Reanudando su discurso.)* Se dispone á acometer á Milford-Haven: perfectamente! El rey Car-

los VIII está por él; Dorset, Oxford y el obispo de Ily están por él... tiene una flota y dos mil soldados... *(Señalando con el dedo en el mapa.)* Tiene los rebeldes del oeste, los traidores del norte, los piratas del mar de Irlanda, y los arrendatarios del principado de Galles... perfectamente!... Pero nosotros, nosotros tenemos á Lóndres, tenemos el sur y el este, tenemos una nobleza valiente y resuelta; tenemos nuestros hijos, nuestras mujeres, nuestros bienes, nuestro pais que defender; tenemos, en fin, doce mil soldados, tan prontos á morir como determinados á vencer.

MONT. *(A Ricardo.)* Señor, vuestra esposa!

UGIER. Señor, vuestra madre!

RICARDO. Voy al momento!

MONT. La muerte no espera, señor.

RICARDO. *(Con impaciencia.)* Que voy os digo, voy al instante! *(Se retiran.)*

ESCENA V.

RICARDO.—LOS CONSEJEROS.

RICARDO. Nuestro triunfo es seguro. Acordaos de la liga formidable que nos envolvia hace dos años y del resultado que tuvo. Ocupacion para el verdugo y sangre para regar nuestros campos. El parlamento nos apoya; tenémos bastante oro en nuestra escarcela...

RUTL. *(Bajo á Ricardo.)* No prometais mucho, porque el tesoro está vacio.

RICARDO. Tenemos bastante oro en nuestra escarcela para hacer frente á todo, bastantes condados y ducados para recompensar á nuestros amigos. No necesito deciros mas. Dentro de ocho dias os reunireis conmigo en Leicester. Norfolk, tú te encargarás de los habitantes del este; vos, Northumberland, y vos Lovel, de las tropas del norte y del Hampshire. Lo demas queda á mi cargo. En cuanto á vos, lord Stanley, vos podeis

regresar á Lancashire; levantareis las tropas que querais; pero acordaos que Jorge Stanley, vuestro hijo, está en mi poder, y que haré caer su cabeza al primer paso que deis en falso.— Podeis retiraros, milores.

ESCENA VI.

RICARDO.—RUTLAND.

(*Ricardo se acerca precipitadamente á la mesa, escribe y sella algunos despachos.*)

RICARDO. (*Levantándose.*) ¿Por qué me miras asi? ¿Vas á pedirme la cabeza de alguno?

RUTL. Líbreme Dios! Milord: tengo bastante con la mia.

RICARDO. Dices bien, la historia será tambien de tu opinion. (*Entregándole algunos despachos.*) Al condestable de la torre:—al lord *maire*:—al maestre de la caballeria! (*Rutland trasmite las órdenes á tres señores que están en el fondo.*)

RUTL. (*Volviendo.*) La historia? ¿Creis vos en ella?

RICARDO. (*Riendo.*) Bah! La historia es una vieja chismosa que pasa el tiempo escuchando á las puertas y mirando por el ojo de las cerraduras. (*Vuelve á escribir.*)

RUTL. (*Acercándose mas.*) ¿Soy vuestro amigo, milord?

RICARDO. Algo mas que eso: eres mi cómplice.

RUTL. Un consejo: escribid vuestras memorias.

RICARDO. Yo?

RUTL. Sí, milord; podríais quizá conciliar la necesidad en que os habeis visto de hacer desaparecer los dos hijos de Eduardo IV, con la imprudencia de dejar vivir á Isabel su hermana, que ama á Richemond y que conspira con él.

RICARDO. (*Escribiendo.*) Bah!

RUTL. Convenid en que es una contradiccion, milord... contradiccion que no echarán en olvido vuestros historiadores.—Pero dirán que vuestra al-

teza sabia los proyectos de alianza entre Richemond de Bretaña é Isabel de Inglaterra; y que no ignorábais que la sola posibilidad de esta union daba una importancia real al nieto de Catalina Roet; y que Richemond no era un aventurero, ni un bastardo, como vos deciais, si no el representante de las dos rosas, de Lancastre por su madre, y de York por Isabel.

RICARDO. Has concluido?

RUTL. No soy yo, milord, es vuestro historiador quien concluirá diciendo: que en presencia de Richemond, que reclama la Inglaterra, menos en su nombre que en el de Isabel, de quien es el prometido, vos habeis preferido arrostrar la tempestad á conjurarla, asegurando á vuestra sobrina; y que si vuestros sobrinos han muerto fué porque Dios quiso llevarlos al cielo, viendo que eran demasiado perfectos para vivir entre nosotros.

RICARDO. *(Desdeñosamente.)* Una mujer... Se la puede desposar.

RUTL. La Reina, vuestra esposa, está enferma, milord; pero vive aun.

RICARDO. *(Tocándole en el hombro.)* Si algun dia me demuestras que me he engañado, te doy cien coronas de oro.

RUTL. Cien coronas de oro!..

RICARDO. Hé aquí el edicto contra los judíos. Le harás pregonar á son de trompeta en toda la Inglaterra. *(Le entrega un pergamino.)*

RUTL. Contra los judíos, milord?..

RICARDO. Me han negado su auxilio y es justo que yo los recompense. Pondré sus vidas á precio: tú, viejo y achacoso, vales tanto; tú, jóven y gallardo, vales tanto... Ya verás: no han de tener bastante con los diez dedos de sus manos para abrirme sus bolsillos.

RUTL. Por San Jorge! La bolsa ó la vida.

RICARDO. No temas que el tesoro quede vacío mientras tengamos buenos judíos á la mano.

RUTL. Vuestra Alteza se salvará siempre por su ingenio. *(Entra un hombre.)* Ah! vuestro sastre, milord. ¿Os trae algun traje de luto?

RICARDO. Ha previsto, sin duda, que yo le necesitaria. A mi cámara. *(El hombre sale.)* ¿Me sentará bien el luto, Rutland?

RUTL. Todo le sienta bien á vuestra Alteza.

RICARDO. Adulador! *(Mirándose.)* En efecto, puede que tengas razon... Un poco giboso... un poco manco... un poco cojo... *(Rutland se rie.)* Te ries? Bah! Las mujeres abren grandes ojos y no cierran su corazon cuando yo paso. Todo es habituarse, amigo mio. *(Viendo que Rutland se retira.)* ¿A dónde vas?

RUTL. A ocuparme de vuestro edicto, milord. Me temo que vuestros buenos judíos se han de dejar descuartizar antes que desprenderse de un escudo.

ESCENA VII.

RICARDO.

Se ha reido de mí, de mi fealdad!.. Ah! esta es mi llaga interior. *(Echando una mirada sobre sí mismo.)* ¿En dónde está la apostura de mi padre? Contrahecho! Yo hago reir: yo, Ricardo III, rey de Inglaterra! *(Con una risa sardónica.)* Clarenza era hermoso... Eduardo y Ricardo eran hermosos... Rivers, Buckinghan, Hastings eran hermosos... y ¿qué ha sido de ellos? presa vil de los gusanos, que son mas repugnantes que yo. Contrahecho! Tengo al menos la ventaja de mi deformidad: el terror! ¿Dónde está el hombre que manda con mas autoridad que yo? Una pierna débil, pero una voluntad de hierro; un brazo inerte, pero que mueve á mi antojo la Inglaterra y la Irlanda, y que conduce los hombres como un rebaño. Dios sabe que solo quisiera ser hermoso, porque se desconfia menos de la belleza. Soy solo en mi especie; solo, porque tengo una voluntad de hierro... He querido ser, y soy; quiero ser y seré. *(Entran Weberby y Montagú.)*

ESCENA VIII.

RICARDO.—WEBERBY.—MONTAGÚ.

RICARDO. (*Saliendo al encuentro á Weberby.*) Ah! Buenos dias, doctor... ¿cómo sigue la Reina? se encuentra mejor?

WEBER. (*Dudando.*) Milord.

RICARDO. (*Con dolor afectado.*) Hablais con un hombre, doctor. Estoy dispuesto á todo, acabad.

WEBER. La Reina no saldrá de esta noche.

RICARDO. Es posible?.. Mi pobre mujer!

WEBER. Vuestra gracia me habia ordenado que le hablase sin rodeos.

RICARDO. Habeis hecho bien. ¿Pensais que el mal no tiene remedio?

WEBER. Lo temo, milord: es un mal cuyos estragos inesplicables desconciertan á la ciencia. No hay mas que el veneno...

RICARDO. El veneno? Lo creis vos asi?

WEBER. Esto no es decir...

RICARDO. Mi pobre mujer!

WEBER. Esto no es decir...

RICARDO. Veneno!.. Mi madre se muere de vejez. ¿Por qué no se atribuye tambien su muerte al veneno? Por fuerza, debeis estar loco... La Reina Ana no tiene enemigos. Vuestra ciencia se estravia en conjeturas ultrajantes. Veneno! está bien, dejadnos. Que la palabra veneno no salga jamás de vuestra boca. Mi pobre mujer!

WEBER. Suplico á vuestra gracia que me perdone la torpeza de mis sospechas.

MONT. (*Deteniendo á Weberby.*) Esperad Weberby. (*Al Rey.*) Vuestra bondad natural os ciega, milord, pero yo soy pariente cercano de la Reina, y haré que se investigue la causa de su dolencia.

RICARDO. Tú eres un traidor! tú eres del partido de Richemond! (*Gritando.*) A mí, milores, á mí. (*Entran los confidentes de Ricardo.*)

ESCENA IX.

Dichos.—MONTAGÚ.—LOS BARONES.

RICARDO. Milores, si existe un rey desgraciado y calumniado, ese soy yo. Pero decidme, el que hubiese protegido á mi mas cruel enemigo ¿qué castigo mereceria?

LOS LOR. La muerte! la muerte!

RICARDO. Y el que hubiese tendido una mano libertadora al galo, al bastardo, á Richemond de Bretaña, en fin?

LOS LOR. La muerte!

RICARDO. Pues bien! Ese hombre védle ahí!

MONT. Yo!

RICARDO. Sí, tú!.. No lo puedes negar... Richemond se ahogaba en el Támesis, y tú lo has sacado á la orilla.

MONT. Doce años...

RICARDO. Un amigo mio lo hubiera dejado allí. *(Haciendo seña á los lores para que lo lleven.)* Marchad.

MONT. Primero me habeis de oir: primero arrancaré la máscara al crímen. La Reina muere envenenada... y el asesino, milores, el asesino es ese.

RICARDO. Dios te perdone ese mal pensamiento.

MONT. Sí, envenenada por tí!.. Milores, mi fin es un presagio del vuestro; si os queda un resto de honor, milores, velad por la hija de Eduardo: él mató á los hermanos... él matará tambien á la hermana.

RICARDO. Llevadle.

MONT. Rey Ricardo, no gozarás largo tiempo de mi muerte. Yo te cito ante el tribunal de Dios.

RICARDO. Bien! bien!

MONT. Marchemos.

RICARDO. *(A Rutland.)* Que nadie se acerque á la Reina.

RUTL. Milord, concluireis por comprometerme. *(Scroop es introducido por un ugier: trae una cota de malla en la mano.)*

ESCENA X.

RICARDO.—SCROOP.

SCROOP. Mi augusto soberano...
RICARDO. Hola! Deja ahí esa cota de malla.
SCROOP. ¿No quiere vuestra gracia examinarla?
RICARDO. Veamos! magnífico trabajo! Quién es el que concluyó esta obra?
SCROOP. Soy yo, milord.
RICARDO. Eres hábil en tu arte!.. *(Mirándole.)* Tienes todo el aspecto de un hombre de guerra. *(Examinando la cota de malla.)* ¿Es sólida esta cota de malla? Parece una cáscara de cebolla.
SCROOP. En eso consiste precisamente su mérito. Lijera como la tela de Rennes, pero á prueba de la hoja mas bien templada de España.
RICARDO. Ah! Buen tejido...
SCROOP. Véd qué finura! qué suavidad! Lo mismo sirve para un gigante que para un enano.
RICARDO. *(Hace seña á dos hombres que se aproximen. —A Scroop.)* Pónte esta cota de malla. *(Le ayudan los dos hombres á ponérsela.)* Lo dicho, tienes el aire de un hombre de guerra.
SCROOP. Mi soberano se burla de mí.
RICARDO. Cómo te llamas?
SCROOP. Scroop.
RICARDO. Pues bien, Scroop, ¿ves este puñal? Yo apuesto mi ducado de York á que tu cota de malla no resiste uno solo de sus golpes... Qué dices?
SCROOP. Vuestra Alteza perderia.
RICARDO. Segun eso, Scroop, te crees en este momento al abrigo de una buena espada, de un buen puñal.
SCROOP. Sí, milord.
RICARDO. Al abrigo de la fuerza y de la muerte?
SCROOP. Sí, al abrigo de la muerte.
RICARDO. *(Clavándole el puñal.)* Pues si no has dicho la verdad... muere.
SCROOP. *(Friamente.)* Habeis perdido, milord.

RICARDO. Qué edad tienes?
SCROOP. Treinta y tres años... la edad de vuestra Alteza.
RICARDO. Eres valiente?
SCROOP. Por qué no?
RICARDO. Por mi jarretiera! serás caballero?
SCROOP. He visto temblar á muchos caballeros.
RICARDO. Pareces muy atrevido!.. Me gustan esos caracteres.
SCROOP. Tanto mejor, milord, porque os he engañado.
RICARDO. Señor Scroop, hé ahí una palabra que os puede costar cara... Qué! esta cota de malla no será acaso la que yo encargué á Worwock?
SCROOP. Perdonad, milord, pero el aprendiz de Worwock es amigo mio, y conseguí de él que me dejase venir en su lugar, porque tengo un secreto que revelaros. (*Quitando su cota.*)
RICARDO. Un secreto?
SCROOP. Sí.
RICARDO. Veamos.
SCROOP. Vuestra Alteza cree que Richemond sobrelleva el destierro con paciencia?
RICARDO. Conozco sus intrigas... Qué mas?
SCROOP. Quizá no las conoceis todas..... Negocia una alianza con la casa de York.
RICARDO. Lo sé.
SCROOP. Ha jurado unir las dos rosas, enlazándose con Isabel.
RICARDO. Lo sé.
SCROOP. Ha dado poder á un caballero normando, que está actualmente en Lóndres, para arreglar ese matrimonio.
RICARDO. Cómo? Un enviado de Richemond en Lóndres?
SCROOP. Sí, milord... Raoul de Fulke... que á esta hora debe estar dentro de Westminster.
RICARDO. Por San Jorge! Sabes bien lo que dices? Supongo que tendrás pruebas.
SCROOP. Irrecusables. En una taberna de la ciudad cogí esta mañana por el cuello á un hombre, que se permitió hablar mal de vuestra Alteza. El tunante logró escaparse de mis manos: pero al desasirse dejó caer este pergamino. (*Entregándoselo.*)

RICARDO. *(Examinándole.)* Preciosas notas, si, sí, Raoul de Fulke. *(Llamando.)* Slanghter, Patrick, Leimerey.

ESCENA XI.

Dichos.—SLANGHTER.—PATRICK.—LEIMEREY.

RICARDO. Consultad vuestras carteras... Raoul de Fulke.

LEIMER. *(Hojeando un libro de memorias.)* Aquí está! *(Lee.)* Raoul de Fulke... sesenta á sesenta y cinco años, vigoroso, alto, encorvado; cabellos blancos caidos sobre la espalda; ninguna seña particular en la cara; ojos pardos.

PATRICK. *(Lee.)* Raoul de Fulk: veinte y cinco á veinte y ocho años, moreno, grueso, barba negra, ojo negro, tuerto.

SLANGHT. (*Lee*). Raoul de Fulke: treinta y cinco á cuarenta años: barba rubia, pelo rasurado y rojo, una cicatriz en la frente; ojos azules muy grandes.

RICARDO. Perfectamente, tenemos tres en vez de uno.

SCROOP. Cuatro, milord! el mio no tiene el cabello blanco, ni negro, ni rubio: es calvo...

SLANGHT. Mi relacion es exacta: se apoya en hechos.

LEIMER. Como la mia, milord.

PATRICK. Como la mia.

SLANGHT. (*Continuando vivamente.*) Richemond está á la vista de Devon.—Un solo buque!... De repente se lanza un hombre en una mala chalupa... Doscientas flechas pasan alrededor de su cabeza!... En fin, aborda la nave... y Richemond se salva!... Hé ahí el hombre audaz que designo á vuestra alteza: treinta y cinco á cuarenta años, barba y cabellos rubios, una cicatriz en la frente.

LEIMER. (*Vivamente.*) No seré menos conciso. Los partidarios de Richemond son derrotados; Gilbert Talbot espera la hora de su ejecucion. Llega un correo con el indulto: lo entrega al gobernador, se le deja partir. Dos horas despues se

halla este billete en el calabozo: «Raoul de Fulke libertó á Talbot.» Hé aquí el hombre temible que yo denuncio. Sesenta á sesenta y cinco años, alto y encorvado, ojos pardos:

PATRICK. *(Lo mismo.)* Dos de vuestros navíos, cargados de armas y de joyas, han sido apresados en el puerto de Douvres. Un golpe de mano atrevido!... Treinta contra doscientos! El cargamento fué vendido y el dinero enviado á Richemond, gefe de los corsarios, Raoul de Fulke; veinte y cinco á veinte y ocho años, moreno, grueso y tuerto.

RICARDO. Esos tres hombres no son mas que uno. Raoul de Fulke está en Lóndres, quiero su cabeza en el término de tres dias Marchad. *(Salen.)*

ESCENA XII.

RICARDO.—SCROOP.

SCROOP. Malos cazadores me parecen para un zorro tan astuto.

RICARDO. Lo crees así?

SCROOP. Observan la nariz ó la oreja de un hombre, y no reparan en la mirada, que es lo único que no cambia.

RICARDO. Te voy cobrando afecto, Scroop; y tú, no sospechas donde está refugiado ese miserable?

SCROOP. No, milord.

RICARDO. Le reconocerias sin embargo?

SCROOP. Le reconoceria.

RICARDO. *(Observando.)* Y por qué no le perseguiste?

SCROOP. Lo hubiera hecho, pero cuando llegué á conocerle era ya tarde.

RICARDO. Torpe! No, soy injusto contigo: me has prestado un gran servicio, qué quieres en recompensa?

SCROOP. Nada mas que el honor de serviros.

RICARDO. Es poco. *(Aparte.)* Cuenta no sea demasiado!

SCROOP. Vuestro bufon ha muerto, milord.

RICARDO. El de la reina viuda, querrás decir?

SCROOP. La muñeca de un bufon es la caja de Pandora... siempre queda en ella la esperanza.

RICARDO. Sí, Scroop, la esperanza... y cien libras para no desesperar.

SCROOP. Seré tan leal como vuestro Tobi, cuya sensatez reconozco. Era bufon de la reina; pero era tambien vuestro espía... y en caso necesario...

RICARDO. Tienes sagacidad é ingenio, y no debes apartarte de mí. Te tomo á mi servicio. Te presentaré hoy mismo á la viuda de Eduardo... Ahora mas que nunca necesito tener cerca de ella un hombre que secunde mis miras y vigile sus designios.

SCROOP. Procuraré merecer vuestra confianza, milord, y, si Dios me ayuda, lo conseguiré.

RICARDO. Vivirás como te acomode: si tienes aficion al vino, beberás: si quieres oro, lo tendrás: si eres jugador, jugarás... Pero yo que no me embriago, ni soy avaro, ni jugador, te hago ahorcar la primera vez que mires hácia atrás, cuando debas mirar hácia adelante. Aceptas?

SCROOP. Acepto.

RICARDO. *(Tocándole en el hombro.)* Me prometo que harás carrera. *(Gran ruido de voces fuera.)* Qué tumulto es ese?

SCROOP. *(Asomándose á la ventana.)* Ah! qué crueldad! es una turba de furiosos que persiguen á un pobre alquimista, á quien yoconocí en otrotiempo. Hugh Hawkins! Y está con él su hija!

RICARDO. Bah! un hechicero! *(Mirando con tranquilidad.)* Calla!... y le matarán.

SCROOP. *(Descuelga una espada del muro y sale precipitadamente.)* Lo salvaré.

ESCENA XIII.

RICARDO. *(Solo, siguiéndole con los ojos.)*

RICARDO. Un hombre de primeros impulsos... Tanto mejor!... Este se delatará á sí mismo... *(Mirando.)* Por San Jorge!... No tiene la mano muerta!

Cierra con la canalla como un brabo!... Todos huyen delante de él como obejas!—Este era el hombre que yo necesitaba. *(Entra Rutland.)*

ESCENA XIV.

RICARDO.—RUTLAND.

RUTL. *(Con una sonrisa amarga.)* Hé aqui un servidor inútil, milord.

RICARDO. *(Volviéndose.)* Ah!... me escuchabas.

RUTL. He economizado el tiempo que tardarias en decírmelo, milord.

RICARDO. Veo que ese hombre te desagrada.

RUTL. No, milord, le aborrezco.

RICARDO. *(Aparte.)* Así no se entenderán. *(Alto.)* Por qué le aborreces?

RUTL. Hasta aquí me habeis honrado siempre con vuestra confianza. Ahora veo que la depositais en él, que le anteponeis á mí: mirad si debo aborrecerle.

RICARDO. Celoso!

ESCENA XV.

Dichos.—SCROOP.

SCROOP. *(Aparte conmovido.)* Ah! esa jóven!... su mirada!

RICARDO. *(A Scroop.)* Está bien.

SCROOP. No me habia engañado, milord; era Hawkins con su hija. Están en Lóndres hace cinco dias y regresarán en breve á Nottingham. *(Mirando por la ventana.)* Adios! Tú te llevas mi corazon!

UGIER. *(Entrando por la izquierda y anunciando.)* La reina viuda y la princesa Isabel su hija.

SCROOP. *(Bajo á Ricardo.)* La rosa de York, como suc-

len decir. Vuestra gracia debe envidiar á Richemond.

RICARDO. Eh?

SCROOP. Richemond es amado de Isabel.

RICARDO. Amado? Voy á saberlo.

SCROOP. *(Aparte.)* Y yo tambien.

ESCENA XVI.

Dichos.—LA REINA.—ISABEL.

REINA. *(Enjugando los ojos.)* Milord, acabamos de dejar á la duquesa de York, vuestra augusta madre. El postrer sentimiento que la liga aun á la vida es el deseo de volveros á ver. Os ha hecho llamar dos veces. No la hagais esperar, hermano mio.

RICARDO. Y mi pobre mujer?

ISABEL. Ah! *(Llorando.)*

RICARDO. No lloreis, querida sobrina. Las lágrimas son indicios de un dolor pasajero. Vedme á mí. *(Señalando la rosa encarnada que Isabel lleva en el pecho.)* Una rosa encarnada?... De cuándo acá es moda en mi córte llevar los colores de Richemond?

REINA. *(Vivamente.)* De Richemond?

RICARDO. Se llora tal vez su ausencia?

ISABEL. *(Friamente.)* Por qué no, milord?

REINA. Isabel!

RICARDO. *(Deteniéndola con la mano.)* Dejadla.

SCROOP. *(Aparte.)* Ella le ama!

RICARDO. *(Bajo á la reina.)* Estas son las ideas que vos sembrais en su corazon? Escuchadme, señora; vos estais en relacion con Raoul de Fulke, que se halla dentro de Westminster: le habeis visto?

REINA. *(Con espanto.)* Yo, milord, yo?

RICARDO. Ah! Vuestra hija ama á Richemond? Ved que ese amor es un crímen.

REINA. Milord...

RICARDO. Un crímen... entendedlo bien, señora, un crímen. Ah! pensad en vuestros dos hijos que han

muerto como heridos por el rayo. Por san Jorge! Ese amor debe desaparecer, es necesario, lo quiero!

REINA. Sereis obedecido, milord, sereis obedecido!

RICARDO. Cuento con ello.

REINA. (*Corriendo hácia su hija.*) Ven.

ISABEL. Estas pálida, madre mia.

REINA. Ven, ven.

RICARDO. (*Con tono suave.*) Os vais ya, señora? (*Mostrándole á Scroop.*) Dadme las gracias, hermana mia, he pensado en reemplazar vuestro bufon. (*A Scroop.*) Scroop, sigue á la reina. (*En este momento entran dos hombres y hablan en voz baja á Rutland.—Acompañando á la reina.*) Os empeñais en ver en mí un enemigo; os equivocais, hermana mia, os equivocais. (*Ellas salen. Scroop las sigue.*)

ESCENA XVII.

RICARDO.—RUTLAND.—LOS DOS HOMBRES.

RUTL. La reina ha muerto, milord.

RICARDO. (*A los dos hombres.*) Vos conducireis el cuerpo á la morada de Warwick. Es su última voluntad. Vos avisareis al arzobispo de Yorck. (*Salen los dos hombres.*)

ESCENA XVIII.

RICARDO.—RUTLAND.

RICARDO. (*Tocando en la espalda á Rutland.*) Ya lo ves, mi buen Rutland, soy viudo.

RUTL. Se mueren tan de prisa vuestras mujeres, milord.

RICARDO. (*Sonriendo.*) Por san Jorge! Te he de hacer colgar de la campana mayor de la torre á guisa de badajo, para dar la señal de alarma á los tontos.

RUTL. Como gusteis, milord: yo tocaria en ese caso vuestros funerales. Se os ha pronosticado que morireis veinte y cuatro horas despues de mí.

RICARDO. En fin, ya estoy viudo, mi buen Rutland.

RUTL. Milord, me haceis temblar.

RICARDO. Era el único medio de salvarnos. Richemond no tiene fuerza sino apoyándose en la hija de Eduardo. Atiende! Quitémosle esta fuerza, démosle el golpe de gracia, haciendo de Isabel la esposa gloriosa de Ricardo III. ¿Te callas? Rutland, eres la criatura mas nécia que he conocido en mi vida. Matas por matar. Asesinaste á lord Rivers y á Gray por algunas monedas de oro caidas de mi escarcela. Eso es miserable!

RUTL. Si hubiese tenido la virtud de resistir, me hubiérais hecho descuartizar vivo. Pero, milord, esa clase de uniones son miradas como incestuosas.

RICARDO. Obtendré la dispensa del Papa.

RUTL. Y creeis que ella consienta nunca?...

RICARDO. En casarse con el asesino de sus hermanos?.... Todo es posible, Rutland. Lady Ana fué toda una reina de Inglaterra. Además, la tumba de los hermanos no es tan estrecha que no pueda contener un cadáver mas.

RUTL. (*Inclinándose.*) Señor, sois un gran rey.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Cuarto de la reina en Westminster.—Una gran parte del fondo representa un invernadero de flores.—Entradas laterales en primero y segundo término, á derecha é izquierda.—La parte izquierda del fondo está cortada oblícuamente.—Ventana gótica que dá á los paseos de Westminster; del mismo lado, en una columna y cerca del invernadero, una trampa que oculta un pozo.—Cuadros de familia.—A la izquierda, un reclinatorio para orar, con una Biblia.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.—NELLY.—*Despues* SCROOP *y* GUILLERMO.

(Están las dos en pié arrimadas á las vidrieras del invernadero, tegiendo coronas de rosas.)

ISABEL. Tú eres amada! y yo tambien!... Le vés?

NELLY. Sí.

ISABEL. Le hablas?

NELLY. Sí.

ISABEL. Le oyes?

NELLY. Sí.

ISABEL. Qué dichosa eres!

NELLY. Oigo su paso entre mil, su voz entre todas, y por sombría que esté la noche, le veo con mi corazon, y mi alma le saluda!

ISABEL. Eso es saber amar!—Sí, por oscura que esté la noche, por larga que sea la distancia, por profundo que sea el destierro, el alma me guia hácia él con sus alas invisibles.

NELLY. Richemond! *(Scroop aparece en el invernadero con dos hombres.)*

ISABEL. Ingrata! No lo has adivinado hasta ahora!

SCROOP. *(Bajo á sus hombres.)* Vosotros arrancad las flores, yo me encargo de entretener á su alteza.

ISABEL. *(Continuando.)* ¿No comprendias lo que significaban las rosas encarnadas y las rosas blancas de mi jardin... Richemond es quien me las envia, y yo, Nelly, las enlazo... sí, York y Lancastre! Isabel y Richemond!

ESCENA II.

ISABEL.—NELLY.—SCROOP.

SCROOP. Mas bajo, señora, mas bajo: los muros hablan, los ecos tienen alas. Ricardo está en todas partes!

NELLY. *(Aparte.)* Él!

ISABEL. Tú no sabes lo que dices; déjanos!

SCROOP. *(Bajando la voz.)* Necesito hablar á la reina.

ISABEL. La reina está en este momento en su habitacion consultando á Hawkins, y no puede oiros.

SCROOP. Entonces será vuestra Alteza la que me oiga... Es necesario, es necesario!

ISABEL. *(Asustada.)* Qué hay? Qué es lo que sucede?

SCROOP. El rey me sigue, el rey quiere hablaros; desconfiad del rey!

ISABEL. Qué quieres decir? esplícate.

SCROOP. Ricardo ha querido ser rey?

ISABEL. Y qué!...

SCROOP. Acordaos de vuestros dos hermanos!

ISABEL. Dios mio!

SCROOP. Ricardo ha querido ser viudo?

ISABEL. Y qué!...

SCROOP. Acordaos de lady Ana. No puedo deciros mas. Serenad vuestro semblante, estudiad vuestros

movimientos; pensad que va la vida en ello. *(Se oye la voz de Guillermo en el invernadero.)*

GUILL. Quereis marcharos de aquí?... Vándalos! ladrones! *(Persigue á los dos hombres de Scroop.)*

SCROOP. *(Saliéndole al encuentro y poniéndole la mano en la boca.)* Silencio! *(Se marcha.)*

GUILL. *(Depositando al lado del reclinatorio el canastillo de flores que trae en la mano.)* Vil bufon! *(A Nelly.)* Aquí os traigo azucenas, maravillas y lirios.

ISABEL. *(Señalando á Scroop.)* Tendrias tú confianza en ese hombre, Nelly?

NELLY. En él? Como en Dios!

ISABEL. Acabemos nuestras coronas.

GUILL. *(Mirando hácia la derecha.)* Hawkins viene hácia aquí!... Si yo pudiese hablar dos palabras con él.

ESCENA III.

Dichos.—LA REINA.—HAWKINS.

REINA. Sí, Hawkins, tú eres el verdadero poder, eres la verdadera ciencia; la ciencia que lee como un libro vulgar las tablas del destino. *(Isabel se acerca á su madre, la abraza y entra en el invernadero.)*

HAWK. Lo deseo, mi soberana; pero mientras tanto vendo drogas para vivir; y esta mañana hubiera muerto apedreado por vuestro buen pueblo, que se arrojó furioso sobre mí gritando: »á la horca el hechicero! el brujo del diablo!» á no venir en mi auxilio un jóven de corazon, vuestro bufon, que me salvó la vida. *(La Reina vá á sentarse á la izquierda.)*

NELLY. *(Ap.)* Oh! noble jóven!... Cuánto le amo! *(Vá á reunirse con Isabel en el invernadero.)*

GUILL. *(Bajo á Hawkins.)* Perdonad, señor Hawkins, perdonad... Es cierto que su alteza la reina me coloca de aprendiz en vuestra casa?

HAWK. Sí, hijo mio. Irás conmigo á Nottingham!

GUILL. Oh! no sabeis cuánto os lo agradezco!—Es alegre vuestra casa, señor Hawkins?

HAWK. Sí, Guillermo, y en ella serás recibido como un hijo.

GUILL. Gracias, señor Hawkins, gracias. (*Entra en el invernadero.*)

HAWK. *(A la Reina.)* Examinaré de nuevo el horóscopo qne vuestra gracia me ha confiado. Estudiaré esta noche la disposicion de los astros; nada teneis que temer mientras permanezcais en Westminster. *(A Nelly.)* Ven, hija mia. (*Vase con Nelly.)*

ESCENA IV.

LA REINA.—ISABEL.

ISABEL. *(A su madre; con gozo infantil, despues de haber recorrido el invernadero.)* Una magnífica raquel, que se la está viendo crecer!—Apostaste á que no florecería hasta la próxima estacion, y has perdido. (*La abraza y vuelve á sus flores.*)

REINA. (*Siguiéndola con los ojos.*) La hija y la heredera de un rey! Mis hijos tambien eran herederos de un rey!.. Ah! yo me felicito de haberte habituado á esos gustos modestos. Dichoso el que cifra su felicidad en una flor, porque esa la halla en todas partes!

ISABEL. *(Deteniéndose de repente.)* Ah! Dios mio!... arrancadas mis flores! (*Llamando.*) Guillermo! Guillermo!.. Dios mio! (*Entra Guillermo.*)

ESCENA V.

Dichos.—GUILLERMO.

REINA. *(Levantándose.)* Qué sucede?

ISABEL. Mis flores, madre mia, mis rosas!.. Responded,

Guillermo; ¿quién ha osado tocar á mis flores? Qué es lo que ha pasado aquí?

GUILL. Qué habia de pasar! Otra nueva gracia de ese Scroop.

ISABEL. Scroop?

GUILL. El mismo, señora. Mientras que él os hablaba, dos agentes suyos... aquellos que yo arrojé: ¿no os acordais?... dos agentes suyos arrancaban las flores para llevárselas al Rey.

ISABEL. Qué perfídia!..

REINA. Al rey?

GUILL. Sí, señora, que las hizo arrancar porque las habia encarnadas y blancas, y estaban entrelazadas.

ISABEL. Y qué tiene que ver?..

GUILL. Es que... la rosa encarnada es Richemond, y la rosa blanca sois vos, princesa.

REINA. Oh! Ricardo! Ricardo!

ISABEL. Es decir que soy delatada, vendida? Oh! ese Scroop! (*A Guillermo.*) Pero en quién me he de fiar, si todos me engañan?

GUILL. Teneis razon, señora; sin embargo él no os aborrece. Dígalo sino lo que pasó cerca de aqui: advirtió que un arquero os miraba de mala manera y descargó un formidable puñetazo sobre su cabeza: fueron á batirse al prado vecino..... y lo mató... Yo no sé qué asunto reservado trae entre manos... Esta noche le he sorprendido allí... (*Señala la columna que está á la izquierda.*) Leia con gran interés un papelote... y despues de haberlo leido y releido, alargó la mano y tocó este boton... (*La parte baja de la columna se abre dejando ver un pozo.*)

ISABEL. Cielos!

GUILL. Esa fué, justamente, la esclamacion que hice yo entonces.

REINA. Una cueva!

ISABEL. (*Acercándose con miedo.*) Ah! qué horrible abismo!

GUILL. Como que tendrá doscientos piés de profundidad lo menos!.. Despues rasgó el papel en pedazos muy pequeños; muy pequeños, como cabezas de alfileres, y en seguida los arrojó allá

abajo. *(Cierra el pozo.)* Quién va ahora á sacarlos de ahí!

UGIER. *(Anunciando.)* El Rey!

ESCENA VI.

Dichos.—RICARDO.—SCROOP, *seguido de dos hombres que traen canastillas de flores.*

RICARDO. *(A la Reina.)* Dios os guarde, hermana mia! *(A Isabel.)* Buenos dias, Isabel! *(Señalando el invernadero á Scroop.)* Scroop. *(Scroop hace colocar las canastillas en el invernadero. A Isabel.)* Estais enojada conmigo por vuestras flores, lo sé: por eso os traigo otras. Ah! quiero que conserveis un recuerdo mio. *(La ofrece una flor.)*

ISABEL. *(Aparte estrujando involuntariamente la flor.)* Oh! hermanos mios!

REINA. *(Espantada.)* Hija mia!

RICARDO. *(Con una fria sonrisa.)* Dejadla, hermana, dejadla!.. Eso es de familia: nosotros matamos todo lo que tocamos. *(Ricardo desciende á la escena con la Reina: Isabel va y vuelve un momento hácia el invernadero, y en seguida desaparece.)*

ESCENA VII.

RICARDO.—LA REINA.

RICARDO. Vos me aborreceis, por supuesto!

REINA. Milord!

RICARDO. Sí, me odiais, y vuestra hija ha crecido en ese ódio ciego contra mí.

REINA. Yo os juro!...

RICARDO. No? Pues bien! Vos me amais.—Ahora escuchadme: voy á hablaros sin rodeos. Yo amo á vuestra hija y os pido su mano. Me la concedeis?

REINA. Su mano! Vos?

RICARDO. Temblais? ¿Se tiembla en presencia de un amigo? ¿Qué es lo que he dicho? ¿Qué es lo que he hecho? Tendré que sufrir la afrenta de una negativa?

REINA. (*Aparte.*) Oh! el asesino de mis hijos!

RICARDO. Respondad. Me despedis? ¿Os conviene mas el bastardo? Acabemos.

REINA. Milord... la sorpresa... el honor que me haceis...

RICARDO. Es decir que me aceptais... está bien!... Soy el mas dichoso de los hombres!

REINA. (*Con espanto.*) Mi hija no es digna de vos, milord!... Yo no la eduqué para el trono... ah! No me culpeis por eso, hermano mio. Reinando en su lugar, vos me habeis indicado el rango que ella debia ocupar. Ademas, es tan jóven!... ¿No es verdad que es muy jóven, hermano mio?... Ah! dejádmela... no la robeis á mis caricias!...

RICARDO. Me intereso por vuestra hija, y temblais; quiero hacer de ella una reina, y llorais; otra cosa esperaba de vos, hermana. (*Con un tono breve y frio.*) En fin, esta union reunirá en un mismo haz las fuerzas dispersas y hostiles de nuestra familia. (*Isabel aparece en la escena.*) Ahi la teneis. (*Bajando la voz.*) Vos la esplicareis mis proyectos. Haced brillar ante sus ojos el esplendor de un trono, en el cual está designado vuestro lugar.—Isabel, la reina os quiere hablar. (*Bajo á la reina.*) Me habeis comprendido, no es esto? está bien! está bien! (*Sale.*)

ESCENA VIII.

LA REINA.—ISABEL.

ISABEL. Madre mia!

REINA. Abrázame!—¿Que piensas de esta visista de Ricardo?

ISABEL. No pronuncieis ese nombre!

REINA. Quién sabe! Quizá le calumnian!

ISABEL. ¿Sois vos, madre mia, quien me habla asi?

REINA. *(Estrechándola en sus brazos.)* Oh! escucha! *(Aparte.)* No, yo no podré jamás! *(Descubriendo á Ricardo que pasa por el fondo del invernaro y finje examinar las flores.)* Dios! *(Consigo misma.)* Mi pobre cabeza, temo perder la razon. *(Alto.)* Oh! escucha, escucha... yo soy una pobre madre que sufre mucho y que no quiere mas que tu felicidad...—Isabel! *(La abraza.)* Tú eres mi único tesoro, el único consuelo que me queda, la última bendicion de Dios sobre mi casa. Escucha, oh! escúchame! Yo he visto morir á tu padre, he visto asesinar á Gray y á Rivers, he visto matar á mis hijos, tus hermanos, y no tengo mas que á tí, y me falta valor para luchar, y seré cobarde á fuerza de amor y de egoismo!... Tú eres todo lo que me resta!... *(La abraza.)* Ah! No me respondes!... En fin, ¿es prudente rechazar la mano que él nos tiende?

ISABEL. La mano de un parricida!

REINA. Quiere que tú seas reina.

ISABEL. Reina de ese rey!... yo!... Unirme á él?... á ese mónstruo!

REINA. Oh! mas bajo! mas bajo!

ISABEL. Ah! La impudencia del crímen es todavia mas odiosa que el crímen mismo! ¿Su mujer? Y vos, ¿no habeis temblado al pensarlo, madre mia?

REINA. *(Con horror.)* Él mató á mis hijos!

ISABEL. Él mató á mis hermanos!

REINA. En fin, te he dejado la libre disposicion de tu mano.

ISABEL. Hicisteis bien! Asi tendré el placer de responderle.

REINA. Me haces temblar!... Ah! no le rechaces duramente!... Reprime tu indignacion, disimula tu desprecio!... oculta el horror que te inspira... Y es posible!... Yo sufrí mas que nadie de su crueldad, y he tenido valor para hablarle con la sonrisa en los labios! Acuérdate que salvando tu vida, salvas la mia! El morir no me intimida, pero vivir sola, vivir sin tí... eso no, eso seria espantoso! *(Estrechando su cabeza con sus manos.)* Ah! tú no sabes lo que hay de gozo y de amor en esta hermosa cabeza que yo estrecho

entre mis manos!... Oh! Isabel! hija mia! sé hipócrita con él, por el amor de tu madre!

ISABEL. Me contendré... os lo prometo!

REINA. *(Abrazándola.)* Oh! Gracias!—Ya está aquí! *(Estrechando la mano de Isabel.)* Bien: ya estoy tranquila! Ah!... no tengas ese aire altanero! Modera tus palabras; que no te vea con ese ceño!... sonríete!... como yo me sonrio!... *(Se esfuerza por sonreirse, pero llora á su pesar.)* Oh! Dios mio! *(Enjuga vivamente sus lágrimas al ver que se acerca Ricardo.)*

ESCENA IX.

ISABEL.—LA REINA.—RICARDO.

RICARDO. *(Señalando la flor que está en el suelo.)* Bien tratásteis á esta pobre flor, sobrina mia!—Nada os ha dicho vuestra madre?

REINA. *(Aparte.)* No le responde?

RICARDO. Os ha hablado, milady?

ISABEL. No, milord!

RICARDO. *(Mirando á la Reina.)* No?

REINA. Vuestra Alteza...

RICARDO. *(A Isabel con galanteria.)* Me he quejado de vos, Isabel; no se os ve ya en parte alguna. En verdad que es ir contra los designios de Dios el permanecer encerrada en este retiro, con vuestra belleza y vuestros diez y ocho años. Westminster sienta mal al brillo de vuestros ojos. Vuestro lugar es en la córte, en el primer rango, porque sois digna de la admiracion de todos.

ISABEL. Vuestra alteza es muy bondadoso.

RICARDO. Soy el mejor de vuestros amigos.

ISABEL. Mis amigos, milord... *(Advierte la mirada de su madre y se contiene.)* Mi amistad lleva consigo la desgracia!

RICARDO. Es menester olvidar esos sombrios pensamientos.

ISABEL. No he cesado de llorar á mis hermanos.

RICARDO. Yo los lloro con vos; pero no hay otros lazos que nos unen á la felicidad? Nuevas afecciones

remplazarán á las que llorais... Una nueva familia...

ISABEL. Yo no me casaré jamás.

RICARDO. Jamás?

ISABEL. Jamás.

RICARDO. Por qué decis eso? Vuestro matrimonio está decidido. Las dificultades, si las hay, no pueden proceder mas que de vos. Yo os amo, y os ofrezco mi mano.

ISABEL. Necesitaba oiros para creer que pudiérais hablarme asi.

RICARDO. Nuestros intereses, que son los de la Inglaterra, no aconsejan esta union? Vos sois mi heredera mas inmediata: ¿no es justo que parta mi trono con vos?

ISABEL. Conmigo? Vos! vos!

REINA. Hija mia!

RICARDO. (*Con autoridad.*) Sí, yo, el rey!

ISABEL. (*Con horror.*) No, Ricardo!

REINA. (*Ap.*) Ah! Dios!

RICARDO. Pues bien, Ricardo!... Ricardo, ya que este nombre significa mas que rey.

REINA. (*Vivamente á Ricardo.*) Hermano mio!

RICARDO. Ah! yo os lo he dicho, hermana: sangre de York, verdadera sangre de York. (*A Isabel.*) Yo no soy un santo, pero gracias al cielo, tengo las manos puras de la sangre de vuestros hermanos... (*Movimiento de Isabel y de la reina.*) Sí, milady, y si Dios se hiciese oir, os diria que no he hecho caer ninguna cabeza que no haya sido un holocausto ofrecido al reposo del pais. Inocente y generosa, vos no veis mas que la sangre vertida, la sangre que os repugna, y apartais los ojos con horror... Lo comprendo, Isabel. Pero en estos tiempos funestos, las familias reales llevan consigo esa fatalidad terrible, que para obedecer á su mision, están condenadas á desgarrar su propio seno. El que tiene cien piés de tierra que cultivar, puede decir: no iré mas allá. Pero, puede decir otro tanto un rey combatido por la turbulencia de los barones y por la inconstancia del pueblo? Yo he sido calumniado, Isabel: se me han imputado muchos crímenes,

que otros cometieron; pero disipad esas nubes sangrientas, y no vereis mas que el instrumento dócil de Dios!

ISABEL. Pues bien! hé aquí mi mano... esta mano que meció la cuna de Ricardo; esta mano que fué el apoyo inútil de Eduardo, milord... Os atreveis á estrecharla con la vuestra, sin temblar?

RICARDO. *(Apretándole la mano.)* Por qué no, sobrina mia!

ISABEL. *(Rechazando la mano del rey.)* Ah! guardad vuestro trono! No, no es una compañera lo que tú necesitas, sino una cómplice; no es un corazon cándido y puro, sino una furia que pueda dormir en paz bajo tu techo, en la embriaguez de tus crueldades!

REINA. *(Con voz suplicante.)* Hija mia! hija mia!

ISABEL. No, yo desmintiera mi raza con mi silencio!

REINA. *(Queriendo llevarse á Ricardo.)* Ah! mi hija está loca, milord, está loca! venid! *(Ricardo coge bruscamente á la reina por el brazo, la hace pasar á la izquierda y escucha friamente á Isabel.)*

ISABEL. Sí, tú has hecho del asesinato un hábito y una distraccion. Sí, tú asesinaste á mis dos hermanos, Eduardo y Ricardo. Sí, tú asesinaste á mi tio Rivers y á Clarenza, tu hermano. Tú formaste una escalera de cadáveres para subir al trono que vienes á ofrecerme. Insensato tirano! Yo no te ódio, te desprecio.

REINA. *(Cayendo á los piés del rey.)* Hermano mio! hermano mio!

RICARDO. *(Friamente.)* Bien educais á vuestros hijos, hermana mia!

REINA. Está perdida!

ISABEL. Estamos vengadas!... Si lo dudas, mira su palidez!

RICARDO. Siento mi derrota, hermana mia. Isabel ha estado algo violenta, pero vos os habeis asegurado un protector en mí, y vos tambien, Isabel. Teneis gustos modestos que os hacen rechazar la alianza de un rey, y yo quiero que los satisfagais, porque á pesar de estos disgustos, sois de mi familia, y nada deseo tanto como el reposo, *(Con marcada intencion)* el verdadero reposo de mi familia. *(Llega sir John Slanghter.)*

ESCENA X.

Dichos.—Sir John Slanghter.—*Despues* Los barones.

Ricardo. Precisamente, sir John, llegais á tiempo.

Slang. Milord, Montagú ha logrado escaparse.

Ricardo. Digo que llegais á tiempo. Me encontrais dispuesto á hacer vuestra fortuna. (*Yendo al fondo.*) Venid, milores! (*Los barones entran por la izquierda y entre ellos Scroop y Rutland.*) Que se disponga lo necesario en la capilla de la abadía de Westminster, porque tenemos un matrimonio que celebrar.—Sí, milores, sir John Slanghter ama á Isabel...

Slang. Yo?

Ricardo. Lo he soñado?

Slang. (*Comprendiendo.*) No, milord, no.

Ricardo. (*Continuando.*) Isabel le adora, y yo los caso.

Reina. Mi hija!

Isabel. Esa es una burla que yo no debia esperar, milord. Ese hombre puede llamarse sir John Slanghter, pero vos olvidais mis títulos y mi rango; yo soy Isabel, hija y heredera de Eduardo IV; Isabel de York, cuyo trono ocupais vos, pero que no por eso es menos hija de rey y de reina de Inglaterra.

Ricardo. Así lo he creido yo hasta aquí; y podeis estar segura que no he rechazado sin pesar esa ilusion.

Reina. Qué es lo que quereis decir?

Ricardo. Por Dios! hermana, dominaos... vuestra palidez os está denunciando.

Reina. En mi vida no hay ninguna mancha, milord. No hay nada en ella de que yo tenga que ruborizarme.

Ricardo. Vos sois una santa, hermana mia; y nadie lo niega aquí; pero hubo un instante en que se dudó.

Reina. Qué? Cómo? De qué infamia se me acusa?

Ricardo. A qué viene ahora el temblar por una murmuracion?

REINA. Esplícaos, milord.

RICARDO. Lo haré asi, pero sin intencion de acriminaros. Vos habeis estado unida en un principio con Eduardo, por un matrimonio secreto. Entonces entraba él por la ventana en vuestra casa: un indiscreto pensó torpemente que vos érais su querida. Aquel rumor circuló... rumor injurioso, que vos quisísteis hacer cesar á toda costa.

REINA. Deseé simplemente que mi matrimonio fuese conocido.

RICARDO. Vuestros deseos eran leyes. Clarenza y Warwick os presentaron al consejo de los lores en la abadía de Reading. Pero los lores ignoraban una cosa, ignoraban que para egercer mas dominio sobre el corazon de Eduardo, habiais sustituido la hija de un cerbecero de Grafton á vuestro hijo, muerto al nacer.

ISABEL. (*Vivamente á la reina.*) No respondeis, madre mia! no respondeis!

REINA. Reflexionad, milord, que teneis demasiado interes en acusarme: al decir que Isabel no es la hija de Eduardo, os proclamais heredero de la casa de York.

RICARDO. (*Mostrándole la Biblia que está sobre el reclinatorio.*) No trato de violentaros. Estended la mano sobre ese libro sagrado; jurad que es una mentira, y bastará, hermana mia.

REINA. (*Retrocediendo ante la mirada de Ricardo.*) Ah! él la mataría!

RICARDO. (*Bajo, en el momento en que va á jurar.*) Jurais?

ISABEL. Dudais, madre mia?

REINA. Dudar? yo?

RICARDO. Jurad, pues!

REINA. (*Aparte.*) Jurar que Isabel es la heredera del trono... El la mataria! la mataria!

RICARDO. Pensad que vuestro silencio es una confesion.

REINA. Dios mio! Dios mio!

RICARDO. (*A los lores.*) Ya lo veis!

ISABEL. Ah! es imposible! (*Abrazándola.*) ¿No eres mi madre?

REINA. Isabel!

ISABEL. Tu hija, llámame tu hija! (*La reina retrocede ante una mirada de Ricardo.*)

Reina. *(Rechazando á Isabel.)* Isabel!

Isabel. *(Anonadada.)* Dios mio! Dios mio!

Ricardo. Pasad á la capilla, milores. Los jueces del banco del rey os seguirán. Estended un acta de lo que acaba de pasar aquí. Se la confiareis á sir John Slanghter. Yo esperaré aquí: no se diga que he influido con mi presencia en vuestro ánimo.

Rutl. Sois admirable, milord. Yo os respondo de ellos. *(Salen escepto Scroop.)*

ESCENA XI.

Ricardo.—La Reina.—Isabel.—Scroop.

Ricardo. Vuestro futuro vendrá á buscaros dentro de diez minutos. Os cedo una hacienda cerca de Grafton. Allí podreis satisfacer vuestra modesta aficion á los jardines, é ingertar en el tronco vigoroso de las rosas blancas alguna rama empobrecida y bastarda de rosas encarnadas. No me lo agradezcais: la ingratitud es la independencia del corazon. *(A Scroop.)* Tú, quédate velando á esta puerta.

Scroop. Velaré, milord. (*Se coloca delante de la puerta.*

Reina. *(Aparte.)* Despues del verdugo, el espía!

Ricardo. Señoras, Dios os tenga en su santa guarda!

ESCENA XII.

La Reina.—Isabel.—Scroop, *en el fondo haciendo centinela.*

Isabel. *(Corriendo hácia su madre.)* Ahora puedes abrirme ya tus brazos y tu corazon. Oh! abrázame, llámame tu hija! porque tú eres mi buena madre. Oh! sí, mi madre, mi madre! *(Quiere abrazarla.)*

REINA. (*Rechazándola.*) Déjame!

ISABEL. Me rechazas? Pero tienes razon, no veia á Scroop. Crees que nos espía, no es verdad? Pues bien, mírame, yo comprenderé tu sonrisa cariñosa.

REINA. (*Rechazándola. Ap.*) Oh! qué suplicio!

ISABEL. Todavía? Me rechazas y no lloras? (*Con desesperacion.*) Ah! tú no eres mi madre!

REINA. (*Desconcertada.*) Isabel!

ISABEL. Ah! te vuelvo á hallar, madre mia!

REINA. (*Dominándose.*) Separémonos, Isabel.

ISABEL. Es á vos á quien escucho? podeis hablarme con ese aire glacial?

REINA. Si yo pudiese abrazarla!

SCROOP. (*A Isabel.*) El caballero John Slanghter!

ISABEL. Jamás! jamás! (*Huye.*)

SCROOP. (*A la reina.*) Señora, dignaos alejaros un instante! (*Movimiento de duda de la reina.*) Tened confianza en mí, señora, os lo suplico. (*La reina se aleja mirándole con asombro. Sir John entra.*)

ESCENA XIII.

SCROOP.—SIR JOHN SLANGHTER.

SCROOP. (*Impidiéndole el paso.*) Atrás!

SLANG. Sin duda te has vuelto loco!

SCROOP. Ah! sois vos, sir John. No os habia reconocido. A fé que no habeis perdido el tiempo.

SLANG. Ya ves! no se casa uno todos los dias. En dónde está la princesa?

SCROOP. (*Con gravedad.*) Respondedme formalmente, la mano sobre la conciencia y delante de Dios, os casareis con ella?

SLANG. Me gusta la pregunta!

SCROOP. De manera que estais decidido á casaros?

SLANG. Pues podia no estarlo.

SCROOP. Y, os han entregado el acta?...

SLANG. Aquí la tengo.

SCROOP. (*Tocándole en el pecho.*) Aquí, sobre vuestro

corazon?... es cierto. Segun eso vais á decir adios á Lóndres, á Baynard y á todas las tabernas de la ciudad y á las lindas muchachas de Lud-Gate?

SLANG. Qué hemos de hacer! Tendré dos mil coronas de oro y una buena hacienda para consolarme.

SCROOP. Dos mil coronas de oro y una buena hacienda, eso no es una cosa que se encuentre así en el camino... de la virtud.

SLANG. (*Marchándose.*) Malicioso!

SCROOP. (*Deteniéndole.*) Ella va á venir! Vos estais enamorado, pero por violento que sea vuestro amor, ya dejareis á vuestra prometida el tiempo necesarío para mudar de vestido.—Sois aficionado á la pintura?

SLANG. Mucho!

SCROOP. (*Mostrándole el cuadro de la columna.*) Hé aquí una obra maestra. Conoceis esta historia? Acerquémonos, y vereis mejor.

SLANG. Tengo una idea confusa... Este es un bufon...

SCROOP. Es una historia curiosa que merece toda vuestra atencion.

SLANG. Historia curiosa, historia larga: la escucharé despues de la boda.

SCROOP. (*Deteniéndole.*) No, es asunto de dos minutos. (*Mostrándole el cuadro.*) Este bufon es nada menos que un caballero que ha tomado ese disfraz para salvar á dos mujeres á quienes perseguia un tirano.

SLANG. Justamente! ahora recuerdo...

SCROOP. Reparad, está hablando con este miserable...

SLANG. Y coloca la mano en un boton...

SCROOP. (*Poniendo la mano en el boton.*) Eso es: en un boton oculto en la media caña de la columna.

SLANG. Despues... (*Se abre la trampa y cae en el pozo.*)

SCROOP. Despues... (*Con frialdad.*) Nada mas!

SLANG. (*Arrojando un grito al desaparecer.*) Ay!

ESCENA XIV.

SCROOP.—LA REINA.—ISABEL.

REINA. *(Corriendo.)* Qué grito es ese? Dónde está mi hija?

SCROOP. *(Á Isabel que acaba de entrar y conduciéndola hácia su madre.)* Princesa, la reina acaba de llamaros su hija.

ISABEL. *(Arrojándose en los brazos de su madre.)* Madre mia!

REINA. Hija mia!

SCROOP. *(Aparte.)* El último grito de un hombre es terrible, pero he cumplido mi deber.

REINA. *(Á Scroop.)* No eres, pues, el agente de Ricardo?

SCROOP. El agente de Ricardo? *(Vivamente despues de haber mirado en rededor.)* Sí, yo soy su agente, pero el agente estraño que rompe las mallas de la red en que os tiene aprisionadas, y que vuelve contra él las flechas que os dirige!.. Daria mi brazo derecho por poder serviros de otra manera, pero no está en mi mano la eleccion de los medios. Tengo frente á mí un coloso de perfidia y de astúcia, y lo combato con sus propias armas; he jurado conduciros triunfantes al campo de Richemond, que ha llegado esta noche á Milford-Haven, y nos espera. Estais prontas? Ricardo me ha elegido para ser vuestro bufon, ¿me creeis digno de ser vuestro servidor?

ISABEL. Sí! Sí!

REINA. Pero, quién eres tú? quién eres?

SCROOP. Reconoceriais al hombre que os presentase el sello de los Tudor y la cruz de Margarita d' Anjou?

REINA. Sí.

SCROOP. Y le seguiriais?

REINA. Sí, porque no hay mas que un hombre á quien

Richemond haya podido confiar esas reliquias, y ese hombre es...

SCROOP. No digais su nombre, no lo confieis ni aun á los ecos: seria casi una denuncia. *(La muestra los objetos.)* Ved!

REINA. *(Cayendo de rodillas.)* Gracias, Dios mio, gracias. *(Levantándose.)* Te seguiremos!

SCROOP. Quiero asegurarme de que nadie nos observa. *(Sale.)*

REINA. Dios ha tenido piedad de nosotras, hija mia!

ISABEL. Lo volveré á ver!

SCROOP. *(Volviendo.)* Condenacion!

REINA. Qué hay?

SCROOP. Todas las puertas están cerradas. *(Vuelve á su puesto.)* Quién va?

ESCENA XV.

Dichos.—RUTLAND.

RUTL. Soy yo. Has abandonado tu puesto?

SCROOP. No..

RUTL. Entonces, has visto á Slanghter. Ha entrado por esta galeria?

SCROOP. No lo he visto.

RUTL. Es imposible!

SCROOP. Te digo que no me he movido de aqui, y que no lo he visto.

RUTL. Eso no puede ser. *(Aparte.)* Prevengamos á Ricardo. *(Se aleja.)*

ESCENA XVI.

SCROOP.—LA REINA.—ISABEL.

SCROOP. *(Vivamente.)* Señora, teneis confianza en Hawkins, vuestro alquimista?

REINA. Para qué?

SCROOP. Es un medio supremo, he pensado en él muchas veces. En fin, estamos en un abismo y no tenemos dos maneras de salir de él. Teneis confianza en Hawkins?

REINA. Sí.

SCROOP. Está todavia en palacio?

REINA. No, acaba de partir para Nottingham.

SCROOP. Desgracia! (*Mirando hácia la derecha.*) Ricardo!.. (*Vuelve á colocarse en su puesto.*)

ESCENA XVII.

Dichos.—RICARDO.—RUTLAND.—*Despues* PATRICK.

RICARDO. Estraña desaparicion! (*A Scroop.*) Sabes tú si ha desaparecido Slaughter?

SCROOP. Ya conoceis mi modo de pensar, no me asombra eso en él.

RICARDO. Qué sé yo lo que piensas tú? Crees que me ocupo en recoger tus sentencias? Veamos, esplícate.

SCROOP. Siempre me ha parecido que os vendia. No aseguro nada, pero creo haberle visto hablar en el estremo de esa avenida con un hombre que, si mal no me engaño, debia ser Raoul de Fulke.

RICARDO. Y nada has dicho, nada has hecho, nada has intentado?

SCROOP. Lancé un grito de alarma, nadie me respondió, y ellos desaparecieron.

RUTL. (*Aparte.*) Es singular!

SCROOP. (*Anunciando.*) Patrick, milord. (*Patrick entra.*)

ESCENA XVIII.

Dichos.—PATRICK.

PATRICK. Milord, estamos en peligro!... Vuestra Alteza no debe perder un momento; Richemond ha

entrado en Milford-Haven á la cabeza de dos mil hombres!

RICARDO. Vive Dios! Estoy impaciente por ver cómo maneja una espada el bastardo. Dentro de una hora partimos para Nottingham. *(A las dos mujeres.)* Nos seguireis. *(A Scroop.)* Os confio la custodia de la Reina y de su hija, y me respondeis de ellas con vuestra cabeza... Venid. *(Sale.)*

ESCENA XIX.

SCROOP.—LA REINA.—ISABEL.—RUTLAND *á la derecha.*

REINA. *(En voz baja.)* Scroop, ¡qué vá á ser de nosotras!

SCROOP. A Nottinghan, á la casa de Hawkins!

REINA. *(Saliendo con Isabel.)* A la casa de Hawkins! *(Scroop las sigue.)*

RUTL. *(Solo.)* Gracias, señor Scroop, gracias: tú me ofreces una prueba de que tambien Ricardo se engaña... A la casa de Hawkins, has dicho? Está bien: en su casa nos veremos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Laboratorio de Hugh Hawkins en Nottingham. Puerta en el fondo, primer término, á la derecha puerta oculta; mas allá puerta de salida.—Primer término, á la izquierda, chimenea; ventana un poco oblícua.—Delante de la chimenea una mesa llena de redomas, retortas, alambiques, etc., etc. Lámpara encendida, relój de arena; una hornilla en la chimenea.

ESCENA PRIMERA.

HAWKINS.—NELLY.—(*Nelly borda; Hawkins trabaja al pié de su hornilla.*)

HAWK. (*Trabajando.*) Cuándo vendrá ese aturdido de Guillermo con las plantas que tiene que moler!

NELLY. (*Yendo á abrazar á su padre.*) Padre mio!

HAWK. (*Sonriendo.*) Vas á pedirme alguna cosa?

NELLY. Adivinas lo que te se quiere ocultar. Mira! has trabajado ya demasiado. Quieres que bajemos un instante al jardin?

HAWK. No, mañana. (*Vuelve á trabajar, llamando.*) Guillermo!

NELLY. Eso es! otra vez al trabajo! Con tu sangre das calor á tus ideas, con tu vida fecundizas tu ciencia... Ah! eso es matarse.

HAWK. La ciencia?... Las horas que yo le consagro, serán contadas al céntuplo á nuestros nietos. Sí, creo que llegará un dia, no en que el hombre venza á la muerte; pero sí en que retarde su triunfo. (*Señalando uno de los frascos.*) Qué es ese narcótico? No es la muerte ó la vida á mi antojo? La muerte que no es la muerte; pero que es algo mas que el sueño? *(Llamando.)* Guillermo! Guillermo! *(Guillermo entra con un almirez en la mano.)*

ESCENA II.

Dichos.—GUILLERMO.

HAWK. *(Tomando el almirez.)* Mucho has tardado, hijo mio!

GUILL. Es verdad; me he detenido un poco viendo prender á cinco ó seis judíos, que huian por las cercanías como buhos sorprendidos por el dia.

HAWK. (*Trabajando.*) Continúan las violencias!

GUILL. Les hacen soltar en un dia lo que robaron en treinta ó cuarenta años. Ha habido una sublevacion en el cuartel de los judíos y se defienden antes de dar sus tesoros.

HAWK. Sabes si Samuel ha sido tambien preso?

GUILL. En cuanto á ese podeis estar tranquilo: no le echarán la zarpa. Va huyendo de casa en casa, bajo toda clase de disfraces. Lo que me admira es que no haya venido todavía á pediros asilo.

HAWK. No lo deseo, hijo mio, pero no le cerraria las puertas de mi casa.

GUILL. Se conoce que no habeis oido el edicto real que han pregonado hace un momento bajo vuestras ventanas. (*Acentuando las palabras.*) «Todo judío que intente huir, será considerado como traidor; todo cristiano que dé asilo á un judío, será tratado como su cómplice.» Firmado, el Rey.

NELLY. Oís, padre mio?

HAWK. Oigo, hija mia; pero hay algo en nosotros que debe escapar y escapará siempre á las violen-

cias y á la dominacion de los hombres. Es la conciencia. *(A Guillermo.)* Esas hojas no están molidas sino á medias. *(Las muele.)* Samuel, á quien no he visto hace diez años, me hizo un servicio inmenso en mi juventud: me prestó dos coronas de oro, con las cuales compré mi primer instrumento de trabajo. Sin aquel auxilio tal vez hubiera muerto de hambre. Esas acciones no se olvidan nunca. *(A Guillermo.)* El frasco?

GUILL. Se me habia olvidado. *(Sale.)*

HAWK. Lo ves? Tengo tres deudas sagradas: mi deuda á Samuel: mi deuda á Scroop... mi deuda á la reina, á la reina sobre todo que ha sido la providencia de mi vida. *(Se detiene al oir un grito.)* Qué grito es ese?

NELLY. Un grito siniestro, padre mio.

HAWK. *(Asomándose á la ventana.)* Es un buho!

NELLY. Un presagio de muerte!

HAWK. De quién hablabamos?

NELLY. De la reina.

HAWK. Dios vela por ella!—Dáme su horóscopo. *(Se acerca á la ventana y mira alternativamente al cielo y al pergamino.)* O el arte de los caldeos es una impostura, ó de la disposicion de esos astros resulta una vida larga y honrosa para nuestra sob~rana. *(A Nelly.)* No obstante, subamos á mi observatorio. Allá arriba estaré mas cerca de Dios. Ven.—Hé aqui donde termina tu paseo, hija mia. *(Toma su brazo.)*

NELLY. Y al ocuparte de la reina, te ocupas tambien de los que la rodean, no es verdad?

HAWK. Quién sabe!

NELLY. No hallas algo de estraño y de inesplicable en aquel jóven que nos ha salvado?

HAWK. Curiosa!

NELLY. Vamos! vamos! *(Entra Guillermo. Un hombre con barba larga se precipita en el gabinete detrás de él. Es Rutland disfrazado.)*

ESCENA III.

Dichos.—RUTLAND.—GUILLERMO.

RUTL. *(Cerrando la puerta.)* Ah !

GUILL. Jesus! Qué es eso?

RUTL. (*Arrojándose á los piés de Hawkins.)* Han perdido mis huellas!... salvadme, salvadme!

HAWK. Quién sois?

RUTL. Es posible que no me reconozcais? Dios mio! soy Samuel!... Ah! salvadme, salvadme!... Un asilo por esta noche y un disfraz. Al rayar el dia saldré de Nottingham!

HAWK. Un disfraz? Pues si estais tan disfrazado que apenas se os conoce.

RUTL. *(Aparte.)* Si no lo estaré bastante! *(Alto.)* Mi vida está en vuestras manos, salvadme!

HAWK. (*Tendiéndole la mano.)* Estais en vuestra casa, Samuel.

RUTL. Corazon de oro! corazon generoso!

HAWK. Sabeis, Samuel, que el miedo ha producido en vos casi un milagro? Oís como si jamás hubiéseis sido sordo.

RUTL. *(Aparte.)* Lo habia olvidado.

HAWK. ¿Conoceis á Ricardo?

RUTL. Sí, os comprendo; me preguntais qué disfraz necesito?.. Una peluca rubia y un traje de arquero.

GUILL. (*A Nelly.)* Ahora le vuelve la sordera!

HAWK. (*Alzando la voz.)* Tendreis todo eso. Lo que yo os he preguntado es, si conoceis á Ricardo?

RUTL. *(Poniendo la mano detrás de la oreja.)* Si conozco á quién?

HAWK. A Ricardo.

GUILL. A Ricardo.

RUTL. No griteis tanto, que bien oigo!.. No, jamás le he visto.

HAWK. Tened cuidado con él, porque es hombre á quien no se engaña fácilmente. En fin, reflexionad. *(Aparte.)* No me fio sino de mí mismo. *(A Guillermo.)* Vé á buscar las otras plantas. *(Guillermo sale murmurando entre dientes.)*

ESCENA IV.

HAWKINS.—RUTLAND.

HAWK. (*Abriendo una puerta oculta en la pared.*) Entrad ahí, Samuel. No estareis con mucha comodidad, pero estareis seguro.

RUTL. (*Aparte.*) Ahora ya pueden venir Scroop y la reina.

HAWK. No temais nada, por aquella puerta pequeña del fondo: estais en vuestra casa.

RUTL. Gracias! gracias! (*Entra en el gabinete.*) (*Guillermo vuelve con las plantas.*)

ESCENA V.

Dichos.—GUILLERMO.

HAWK. (*A Guillermo que mira á todas partes con asombro.*) Qué buscas? Samuel no se consideraba seguro aquí, y se marchó... Vamos, Nelly. (*A Guillermo.*) Cuida de todo y dispon la cena.

ESCENA VI.

GUILLERMO *solo.*

(*Limpiando los instrumentos.*) Samuel no se consideraba seguro aqui y se marchó... ¡A mí con esas!.. Si creerá que comulgo yo con ruedas de molino! (*Señalando la puerta oculta.*) Samuel debe estar allí. Si hubiera tocado á otra puerta, á aquella, por ejemplo, yo la hubiera oido rechinar: precisamente es una puerta que chilla al girar sobre sus goznes, como una vieja á

quien arrancan el último diente... *(Con terror.)* Ay! Dios mio! La lámpara se apaga!.. Me causan un miedo las tinieblas de la noche!.. Y en este sitio!.. y... *(Llaman á la puerta esterior.)* *(Santiguándose.)* Ave Maria Purísima!.. ¡qué será esto! Quién... quién llama?

UNA VOZ. *(Fuera.)* Uno que viene á visitar tu guarida, Satan!

GUILL. Dios me saque con bien de este apuro!.. Se me figura que he oido esta voz en alguna parte..... Quién sois? qué quereis?

UNA VOZ. Voy á derribar tu puerta carcomida y á romperte los huesos para decírtelo de cerca.

GUILL. *(Vivamente.)* Voy! voy! *(Cierra la ventana.)* Yo no sé en qué consiste, pero me tiemblan las piernas de una manera... *(Sale y vuelve al punto con un hombre enmascarado.)*

ESCENA VII.

GUILLERMO.—UN HOMBRE ENMASCARADO.

GUILL. Entrad, señor, entrad... ¿Quiere su escelencia decirme su nombre?

HOMBRE. ¿Eres idiota ó loco? Se pone uno una máscara para decir su nombre? Aqui ha entrado un hombre ¿en dónde está?

GUILL. No sé lo que quiere decir vuestra señoría!

HOMBRE. Un judío, un viejo, Samuel, en fin. *(Consigo mismo y sin esperar la respuesta de Guillermo.)* Dinero!... Hé aqui lo que ahora me mueve... Despues de haber conquistado un imperio y removido el continente y el mundo con el choque de mi voluntad, corro en pos de un judío por algunas coronas de oro ó algunas piezas de plata!

GUILL. *(Aparte.)* Yo que nunca he podido ver una máscara sin temblar... Y una máscara que habla consigo misma!

HOMBRE. *(Arrojando la careta.)* Me ahogo!.. *(A Guiller-*

mo.) Vuelve ese reloj de arena: sepa yo el tiempo que he de permanecer aquí.

GUILL. (*Aparte.*) El Rey! (*Colocando el reloj.*) Válgame nuestra Señora de Walsinghan! qué es lo que va á pasar aquí!

RICARDO. (*Marchando á grandes pasos. Aparte.*) No nos hagamos ilusiones!.. Si ese judío tiene en sus manos la economía de diez siglos, si quita ó dá la vida á mi pueblo, atando ó desatando su bolsa, y me pone á mí, Ricardo, en la necesidad de mendigar su apoyo... está claro, si el tiene ese poder, el rey es él, y yo no soy mas que su porta cetro!

GUILL. Yo debo parecerme á una oveja encerrada con un tigre.

RICARDO. Dónde está tu maestro?

GUILL. Mi maestro? (*Aparte.*) Magnífico pretesto para escaparme. (*Alto.*) Está en su observatorio, estudiando los astros. Si me permitís, milord, iré á buscarle.

RICARDO. Acércate! ¿En dónde está Samuel?.. Que no tenga yo que preguntarlo dos veces; dónde está?

GUILL. (*Señalando la puerta oculta.*) Creo que está allí.

RICARDO. Lo crees?

GUILL. (*Vivamente.*) Está alli, está allí!

RICARDO. (*Examinando la pared.*) Ah! Una puerta secreta... Cómo se abre?

GUILL. Lo ignoro, milord, lo ignoro.

RICARDO. Cómo sabes tú que esta puerta existe?

GUILL. Hawkins sale á herborizar todas las mañanas...

RICARDO. Y pasa por ella?

GUILL. Sí, milord.

RICARDO. Es decir que tiene otra salida?

GUILL. Sí, milord.

RICARDO. Y Samuel está oculto entre esta puerta y la otra?

GUILL. Nadie me lo ha dicho, pero esa es mi conviccion.

RICARDO. Condúceme á esa segunda puerta. No, espera. En dónde está? Cómo he de hallarla?

GUILL. Es muy fácil, milord, tan fácil como salir al

campo. (*Abriendo una puerta.*) En el estremo de ese corredor hay una sala: volviendo á la izquierda se encuentra una galería: despues se toma á la derecha, se bajan diez escalones de una escalera de caracol, y se entra en un patio con un lienzo de pared derribado, que dá á la calle... Sí, milord, á la calle... es una brecha por la cual puede pasar una legion de ladrones... A dos pasos del muro y al lado derecho está esa puerta, una puerta oscura, cuya llave os voy á dar.

RICARDO. (*Tomando la llave.*) Está bien. No te muevas de aquí. Si deseas ser descuartizado, no tienes mas que dejar escapar al prisionero. (*Se dirige hácia la puerta y luego vuelve.*)

GUILL. (*Dejándose caer en un sillon.*) ¡Gracias á Dios que puedo ya respirar! (*Ap. levantándose.*) Todavia él!

RICARDO. Si te se escapa una palabra, yo la oiré; un gesto, una mirada, una sonrisa, yo la veré... y entonces...

GUILL. Cómo! descuartizado por una mirada?..

RICARDO. No, por una mirada serás simplemente ahorcado. (*Sale.*)

ESCENA VIII.

GUILLERMO.

Serás simplemente ahorcado!.. Pues! Simplemente... y volver para decirme eso! Ahorcado!.. Descuartizado!.. Descuartizado ó ahorcado!.. Me dejaré matar aquí! (*Se coloca con los brazos en cruz delante de la puerta secreta.*) (*Llaman á la puerta esterior. Riéndose.*) Sí, ya podeis llamar! (*Vuelven á llamar.*) Como espereis á que yo os abra! (*Llaman con mas fuerza.*) Capaces serán de echar la puerta abajo! (*Cae en medio de la escena una piedra envuelta en un papel.*) Pues era lo que me faltaba, que me apedreasen! No, es un billete! (*Lee.*) »Si no

abres, pongo fuego á tu casa.» Fuego!.. fuego!.. Descuartizado si me muevo, ahorcado si... Ah! *(Arroja la llave por la ventana.)* Tomad, abrid, ahi va la llave! No parece sino que toda la ciudad se ha citado para esta casa. Ay! Pobre Guillermo! Esto es lo que sacas tú de la alquimia. (*Saliendo á recibir á los recien venidos y retirándose espantado delante de ellos.*) La reina! (*Scroop y la reina entran.*)

ESCENA IX.

GUILLERMO.—SCROOP.—LA REINA.

SCROOP. Has reconocido á su Alteza, está bien; si te se escapa una palabra...

GUILL. Bien, seré ahorcado, descuartizado, ya lo sé!

SCROOP. Perfectamente. Ve á buscar á Hawkins.

GUILL. Yo? salir de aquí?.. es imposible!

SCROOP. Imposible? Cómo? por qué? quién te ha dado esa órden?

GUILL. Quién?.. nadie; pero os digo que es imposible.

SCROOP. (*Cogiéndole por el brazo.*) Te hablo en nombre de la reina, obedece!

GUILL. Señor Scroop! que me descoyuntais el brazo! (*Hawkins y Nelly entran.*)

ESCENA X.

Dichos.— HAWKINS.—NELLY.

HAWK. Qué es eso? *(Reconociendo á la reina.)* Vos aqui, señora?

NELLY. (*Reconociendo á Scroop Ap.*) Scroop! ah!

GUILL. (*Corriendo hacia Nelly.*) Esto ya es otra cosa! qué es lo que teneis? Estais blanca como un lienzo!

NELLY. (*Reponiéndose.*) No tengo nada!.. el aire de la noche quizá... Señora!

HAWK. (*A Guillermo.*) Conduce á Nelly á su aposento.

GUILL. Yo?

HAWK. Tú: vamos! Déjanos!

GUILL. (*Ap.*) Hay suerte mas desdichada?.. (*Ofreciendo su brazo á Nelly.*) Venid, venid. (*Ap.*) Y el otro que anda allá por adentro!

NELLY. (*Ap.*) Al fin le he vuelto á ver! (*Salen.*)

ESCENA XI.

HAWKINS.—SCROOP.—LA REINA.

REINA. Estais seguro de que nadie nos escucha?

HAWK. Vivo solo con mi hija, Guillermo acaba de salir con ella: podeis hablar.

SCROOP. Podeis hablar?.. Y si se tratase de un secreto del cual dependiera la suerte de una nacion, de uno de esos secretos que matan, diríais lo mismo: «podeis hablar?»

HAWK. Adiviné vuestra intencion al entrar, se trata de Ricardo, hablad.

SCROOP. (*Vivamente.*) Eres el hombre que necesitamos!

HAWK. Oh! escucha, jóven, escucha... sabes tú quien es Ricardo? No es uno de esos estúpidos tiranos á quien se derriba con un golpe de mano. Ha escudado su vida con su desconfianza. Su verdadera cota de malla es la sospecha... Es una araña, pero una araña inmensa que ha tendido sus hilos de un estremo al otro de la Inglaterra... Os creis libre, se nos figura que combinamos un plan y estamos quizá colgados de uno de sus hilos. (*A Scroop.*) Estás preparado á todo? Sabes á donde vas?

REINA. (*Scroop va á reconocer las puertas antes de responder.*) Las palabras de Hawkins me estremecen, milord.

SCROOP. Hemos avanzado demasiado para retroceder, señora. (*A Hawkins.*) Sí, se adonde voy, porque hace tres años que tengo concentrado mi pensamiento en ese hombre...

HAWK. La reina acaba de llamaros milord... Quién sois?

SCROOP. Si tienes confianza en el hombre á quien debeis la vida, y en tu soberana que te responde de ese hombre, no me preguntes mas. He jurado no decir mi nombre sino á Ricardo, pero á Ricar-

do en su agonía, á Ricardo cuando pida gracia bajo la punta de nuestras espadas!

HAWK. Basta.

SCROOP. Entonces has reconocido la mano qne conmueve hace tres años el trono de Ricardo...

HAWK. Contad conmigo. En qué puedo seros útil? Ordenad, estoy dispuesto!

SCROOP. Por la salud de tu alma, Hawkins. Tienes seguridad en los filtros que empleas?

HAWK. Completa seguridad.

SCROOP. Oyeme. Si te dijesen: ahi está uno, hombre ó mujer, es igual! A quien es necesario dar todas las apariencias de la muerte, sin que su vida peligre, ¿podrias hacerlo?

HAWK. Podria.

SCROOP. Y al verle, se equivocaria el ojo mas sagaz?

HAWK. Sí, os lo digo con orgullo. Tengo un filtro que me ha costado años enteros de vigilias y de trabajos tenaces. Era mi tesoro; era el testimonio de lo que puede un hombre. Os le doy!

REINA. Y ese filtro, no puede producir consecuencias fatales?

HAWK. Mal administrado, si.

REINA. Dios!

SCROOP. Esplícate.

HAWK. Tomado en cierta dosis, es benéfico, tomado en otra mayor, es mortal.

REINA. (*Ap.*) Mi pobre hija!

SCROOP. Cuales son sus efectos?

HAWK. Delirio, letargo repentino, suspension de todas las facultades de la vida, completa inercia.

SCROOP. Cuanto tiempo dura su efecto?

HAWK. Cuarenta y ocho horas.

REINA. (*Con terror.*) Cuarenta y ocho horas!

HAWK. Sí, su accion ha sido calculada de una manera matemática. (*Va á buscar el frasco.*)

REINA. Cuarenta y ocho horas! Verla inmóvil ó helada durante ese tiempo! (*Ricardo vuelve por la misma puerta por donde salió.*)

ESCENA XII.

Dichos.—Ricardo.

Ricardo. *(Ap.)* La reina. Qué significa esto?

Hawk. *(Volviendo con el frasco.)* Veinte y dos gotas en un vaso de agua producirán infaliblemente el efecto que deseais, pero creedme, derramadlas vos mismo, porque una gota mas ocasionaria la muerte.

Ricardo. *(Ap.)* Comprendo! *(Entra en el gabinete.)*

Reina. Me aterras! Qué! Una torpeza, un error, una distraccion... No, yo no quiero eso, no quiero eso!

Hawk. No sereis vos, señora, quien vierta ese filtro, seré yo mismo.

Reina. Reflexiona que quizá comprometes tu vida.

Hawk. Si sucumbo, vos amparareis á mi hija!—El dia?

Scroop. Mañana.

Hawk. Hora?

Scroop. A las doce!

Hawk. Sitio?

Scroop. En el campo, en la tienda del rey.

Hawk. Bien!

Scroop. La reina va á entregarte el salvo conducto... No lo olvides, porque serias tratado como espia y ahorcado.

Reina. Ah!.. Como señal, dos golpes dados en un timbre de plata.

Scroop. Su alteza pedirá un vaso de agua...

Reina. Su Alteza ó yo, pero no otra persona, entiendes?

Scroop. Lo demas, tú lo adivinas: Isabel cae sin vida en medio de la fiesta... se la cree muerta...

Hawk. Sí, y despues?

Scroop. Se la deposita en el panteon del convento de Leicester.

Hawk. Sí, sí.

Scroop. Despues la arrebatamos, la conducimos al campo de Richemond, al campo del conde, donde la espera su esposo, donde la esperan la paz y la felicidad... Hé aquí nuestro proyecto.

HAWK. El plan es atrevido, pero tendrá buen éxito por su misma audacia.—El salvo conducto?

REINA. Creia habértelo entregado ya. *(Rutland que lo ha escuchado todo sin mostrarse, cierra la puerta de golpe. La reina se apercibe.)* Dios! Ahí hay alguno... esa puerta se ha movido!

HAWK. Qué teneis, señora?

REINA. *(Aparte.)* Nos escuchaban!

SCROOP. Palideceis, mi soberana!

REINA. *(Dominando su emocion.)* No, no es nada.—Estás bien seguro de que nadie nos ha oido?... Desde allí, por ejemplo?

HAWK. Nadie! *(Aparte.)* No miento, porque Samuel es sordo.

REINA. *(Aparte.)* Se ha inmutado! Lo sabia!

SCROOP. *(Vivamente.)* Estais mas palida todavia ¿qué teneis?

REINA. Oh! nada! *(Tomando el frasco de las manos de Hawkins.)* Perezcan la estimacion y la confianza que te he dispensado, con este pomo que hago pedazos.

HAWK. *(Arrancándoselo de la mano.)* Ah!

REINA. Traidor! Venderias al hijo de tu Dios!... Traidor, vendes á la hija de tu rey!...

HAWK. Señora!

REINA. Ahi hay un hombre, ahí, ahí, detras de esa puerta!

SCROOP. Ira de Dios!

REINA. Se llama Rutland, ó Ricardo?

HAWK. Se llama mi húesped, señora.

SCROOP. *(Echando mano á su puñal.)* Hawkins.

HAWK. *(Descubriéndose el pecho.)* Herid! *(Scroop retrocede.)* Yo no os he preguntado vuestro secreto. Me ofrecí á salvar vuestra hija, arriesgando mi vida; pero con una condicion, que en cuanto atañe á la honra y á la lealtad, yo marcharia á la par con los mas nobles y los mas dignos!

REINA. *(Conmovida.)* Hawkins!

SCROOP. Un traidor no tiene ese acento, ni esa mirada altiva!

REINA. *(A Hawkins.)* La desgracia nos induce á la sospecha!.. Me he engañado, tienes razon, te creo. *(Le entrega el salvoconducto.)*

HAWK. Gracias, señora, gracias. Ese honor que yo he defendido contra vuestras sospechas, os lo confio ahora. En efecto ahi está un hombre, un judio á quien creí que debia salvar. Se llama Samuel. No ha podido oir una sola palabra, porque no oye. (*A Scroop.*) Entrad.

SCROOP. No, tu palabra nos basta; perdóname.

REINA. (*Tomando solemnemente sus manos.*) Yo os confio mi hija!

SCROOP. (*Arrodillándose y besando la mano de la reina.*) Reina, yo tengo una madre y os comprendo.

HAWK. (*Lo mismo.*) Yo soy padre, señora, y pensaré en mi hija, al serviros.

REINA. Dios os ha oido y yo os creo.—Mañana á las doce.

LOS DOS. (*Levantándose.*) A las doce. (*Scroop y la reina salen.*)

ESCENA XIII.

HAWKINS.—*Despues* RICARDO.

HAWK. (*Siguiendo á la reina con los ojos.*) Dormid en paz, señora, habreis hecho de mí un mártir ó un héroe. Doy gracias á la Providencia que me ofrece esta ocasion de servir á la humanidad, contribuyendo al hundimiento de Ricardo, de ese ser monstruoso que une la fealdad física á la deformidad moral, de ese rey traidor, asesino, sacrílego...

RICARDO. (*Tocándole en la espalda y riéndose.*) Continúa. (*Sentándose.*) El retrato no es lisonjero: pero le falta un rasgo: la clemencia... te perdono.

HAWK. El perdon es una debilidad, una virtud ó un cálculo. ¿A qué precio me dejais la vida, milord?

RICARDO. Bien pensado, señor Hawkins, bien pensado! Conducir la princesa al campo de Richemond, sería sublevar contra mí las dos terceras partes de Inglaterra... Bien pensado, vive Dios! En fin, te perdono porque te necesito. Llama á Samuel.

HAWK. Señor, sabeis?...
RICARDO. Yo lo sé todo.
HAWK. Es mi húesped, compadeceos...
RICARDO. Puedes estar tranquilo. Dime cómo se abre esa puerta secreta.
HAWK. (*Señalando el resorte.*) Por aquí, señor; pero os suplico...
RICARDO. Retírate. (*Hawkins saluda y se retira.*)

ESCENA XIV.

RICARDO, *solo, mirando á la puerta secreta.*

Tú mismo has venido á buscar mis redes. (*Abre la puerta del fondo y hace señas hácia dentro. Salen Dighton y otro.*) Voy á abriros una puerta que está allí. Encontrareis á Samuel y le matareis. (*A Dighton.*) Corre tú luego á su casa, apodérate de sus tesoros y condúcelos á palacio. Andad. (*Se acerca á la puerta, toca á un resorte y se abre. Entra por ella Dighton y el que el acompaña. Ricardo se separa de la puerta, colocándose al estremo opuesto.*) Abraham te favorezca! (*Se oye dentro un grito, y sale Rutland herido, sin la barba postiza, y arrojando el turbante; viene seguido de los dos asesinos.*)

ESCENA XV.

RICARDO.—RUTLAND.—DIGHTON Y OTRO.

RUTL. Señor, Señor! no soy Samuel! (*Arrojando el turbante.*) Miradme!
RICARDO. Tú!
RUTL. Yo, que me he disfrazado para llegar hasta aquí, para espiar á los que os vendian. Ah! mi herida es mortal... no puedo... no puedo... (*Se apoya en un sillon y se sienta luego auxiliado por Ricardo.*)
RICARDO. (*A Dighton.*) Separaos á un lado. Habla. Díme lo que has oido.

RUTL. Ah! dejad que tome aliento... quereis saber?
RICARDO. Sí, no he oido mas que el fin... tú sabrás...
RUTL. (*Haciendo grandes esfuerzos.*) Entonces, ignorais quién es Scroop? Ah! bien me lo habia yo figurado. (*Riéndose.*) El hombre de vuestra confianza... Un bufon!... Ay!... mi herida!...
RICARDO. Socorro! Socorro! (*Sale Hawkins.*)

ESCENA XVI.

Dichos.—HAWKINS.

HAWK. Señor!
RICARDO. Venid, salvemos á este hombre: está herido. (*Hawkins se aproxima.*)
RICARDO. (*Aparte.*) Dios mio! no era!...
RUTL. No os molesteis... es mortal... Yo os perdono, milord.
RICARDO. Haz el último esfuerzo, tienes un secreto que confiarme, cuál es?
RUTL. Teneis razon, os consagraré el último suspiro, como os consagré mi vida entera.
RICARDO. Yo sostendré tu cabeza, habla...
HAWK. (*Aparte.*) Dios mio! vá á descubrir...
RUTL. La muerte, señor, dispone al arrepentimiento. No derrameis mas sangre. Os han pronosticado que moririais veinte y cuatro horas despues de mí. Por vuestra salud eterna, arrepentíos. Milord! Ah! las fuerzas... (*Vuelve á caer en su letargo.*)
RICARDO. Habla, Rutland, habla.
RUTL. No puedo...
RICARDO. (*Sacudiéndole.*) Yo quiero que puedas, yo..... Serás rebelde á mi voluntad?... Jamás has pensado ni obrado sino por mí. Tengo tanto poder sobre tí como Dios, quiero que hables, lo quiero, lo quiero!
RUTL. (*Luchando con la muerte para obedecer.*) Sí, sí!
RICARDO. Mi voluntad te sostiene, habla!
HAWK. (*Aparte.*) Hasta la muerte obedece á este hombre: Dios tenga piedad de la reina!
RUTL. Si, sí, Scroop...

RICARDO. Acaba...
RUTL. Scroop... Ah! (*Muere.*)
RICARDO. Quedé vencido!...
HAWK. (*Aparte.*) La mano de Dios! la reina se ha salvado!
RICARDO. (*A Dighton y al otro.*) Llevaos ese cuerpo.—Le hareis conducir á palacio; no os alejeis! (*Llevan el cadáver, que Ricardo sigue con los ojos conmovido.*)

ESCENA XVII.

RICARDO.—HAWKINS.

RICARDO. (*Ap.*) Es una pérdida irreparable. Vamos, hombres como yo no tienen tiempo para entregarse al dolor. (*A Hawkins.*) Has hecho una promesa á la reina y la cumplirás: prepara el narcótico: en vez de veinte y dos gotas, verterás cincuenta, no hay mas diferencia...
HAWK. Sabeis que eso seria la muerte?
RICARDO. Nada sé.
HAWK. Quereis, pues, que ella muera?
RICARDO. Nada quiero.
HAWK. (*Arrojándose á sus piés.*) Ah! no la mateis, milord, no la mateis! Yo os hablo con la temeridad de un hombre que no tiene para conmoveros mas que el horror que le inspira vuestro designio! Ah! apiadaos de ella! Un ángel que habeis visto crecer, que quizá ha estendido desde la cuna sus pequeñas manos para bendeciros. Ah! perdonadla!
RICARDO. No se conmueve á los leones con lágrimas! Se les doma ó se les somete! Ni una gota menos, entiendes?
HAWK. Milord!
RICARDO. Levántate.
HAWK. (*Levantándose.*) Es horrible! horrible!
RICARDO. (*Señalando los dos hombres que entran.*) Pondré á tu lado quien te vigile y así sabré si me engañas. Mi voluntad no vacila nunca... Adios!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Campamento de Ricardo. A la derecha, entrada de la tienda de Ricardo; en el fondo tres aberturas que dan vista al campo: estas aberturas están cerradas en caso de necesidad por grandes cortinas con las armas de Ricardo: á la izquierda, entrada cerrada con cortinas semejantes: hácia fuera, líneas de campamento considerables; en último término, el horizonte. — Muchos grupos en el campo: grupos de soldados que se pasean, grupos de arqueros que tiran al blanco, grupos que se ejercitan en el pugilato. Dos arqueros dan la guardia en la entrada de la tienda. Nelly y Guillermo llegan corriendo.

ESCENA PRIMERA.

En el fondo los grupos, los Dos Arqueros.—Nelly.—Guillermo.

Nelly. (*Muy conmovida, á uno de los arqueros.*) Señor arquero ¿sabeis dónde está Scroop?

Arq. Allá abajo, en los juegos militares. Está con el rey.

Guill. (*Bajo á Nelly.*) No vayais á comprometerme, mirad bien lo que haceis.

Nelly. No, diré que soy yo quien lo ha oido todo.

Guill. Si he hablado, fué con esa condicion, no lo olvideis!

Nelly. Confia en mi palabra; espérame aqui, si te es posible; yo volveré á buscarte. (*Se aleja.*)

ESCENA II.

Dichos, menos Nelly.

Guill. Oh! la tienda del rey !.. Qué magnífica fiesta!... Cuántos escudos de armas y cuantos penachos. (*En este momento persiguen á un arquero con una grita. Guillermo poniéndose precipitadamente un guante de piel.*) Torpes!.. Voy á enseñarles como se dirige una flecha!.. un arco!

Arq. (*Rechazándole.*) Ten cachaza, rapaz, estamos inscritos antes que tú. (*La reina y ladi Isabel llegan y se dirigen hácia la tienda.*)

ESCENA III.

Dichos.—La—Reina.—Isabel.

Reina. Aqui encontraremos medio de escribir.

Isabel. Tú no crees mas que en la desgracia, y eso es dudar de la justicia de Dios. Tu ternura es una maga que puebla tu vida de presentimientos y de fantasmas siniestros.

Reina. Oigo todavia la voz de aquel anciano que se acercó á nosotras en el camino: estaba pálido y tembloroso, y tenia su mano derecha estendida hácia el cielo; «veis, nos dijo, esa estrella que está allá arriba, princesa?.. Veis ese punto negro que está allá abajo, señora? Ese punto negro es una tempestad que estallará en truenos y en rayos de fuego.... y entonces la estrella desaparecerá quizá entre las tinieblas... Ese punto negro, es Ricardo; aquella estrella es Isabel, la hija y la heredera de Eduardo IV.» Estamos en el tercer viernes del mes!

Isabel. Madre mia!

Reina. Creo en los dias nefastos!.. Escribiré á Haw-

kins... variaré la hora de la cita. En vez de las doce, las doce y media... (*Se oyen gritos de ¡Viva Ricardo!*) Ah! Ricardo! Está con Scroop. No se aparta de él!.. Cualquiera diria que es el tigre que juega con su presa... Y se sonrie!.. asi se sonreia tambien en el momento en que asesinó á mis hijos! Pero, tú no me escuchas?..

ISABEL. Es verdad, mi pensamiento está en otra parte, madre mia... porque al estrechar este pergamino que él ha tocado, creo sentir su mano en la mia. (*Mostrando una carta.*)

REINA. De quién me hablas?

ISABEL. (*Bajando la voz.*) De Richemond, madre mia, de Richemond.

REINA. Richemond! silencio, desdichada!.. Quién te ha entregado esta carta?

ISABEL. El agente de Scroop, hace un momento, á la entrada del campo! Viene dirigida á tí.

REINA. Dámela. (*Abre la carta y vuelve á cerrarla al instante.*)

ISABEL. No la lees?

REINA. (*Dándola la carta.*) Tú me dirás si ha pensado en mí... No te ruborices: la felicidad es demasíado rara para que bajemos los ojos cuando pasa. Ten... Escribiré dos palabras á Hawkins. (*Va á la izquierda y escribe.*)

ISABEL. (*Leyendo.*) «El amor tiene su heroismo como el »corazon su inspiracion. Voy con un puñado »de hombres á reconquistar vuestro reino. Esta »mañana he orado ante el altar de la Vírgen, y »he pedido á Dios ardientemente que me per»mitiese volver á veros. Desde entonces mi co»razon late con mas fuerza que nunca, el aire »me parece menos pesado, y encuentro tan »hermoso este sol estranjero como el de mi cara »patria!.. Mi nave está pronta, un viento favo»rable hincha sus velas, vuelo hácia tí.» (*Cerrando la carta.*) Oh! Richemond, yo seré la que vaya á tu encuentro! Dios me dará valor. (*La reina se levanta despues de haber sellado su carta.*)

REINA. Hé aqui mi carta á Hawkins... Guillermo, que está en el campo, será su portador... (*A uno*

de los arqueros.) Haz seña á aquel jóven para que venga. (*El arquero hace una seña, Guillermo viene corriendo.)*

ESCENA IV.

Dichos.—GUILLERMO.

REINA. Hawkins está en el campo?

GUILL. Todavia no, señora.

REINA. Es menester que le entregues esta carta al instante. No pierdas un minuto, ve. *(Se oye una música militar lejana, y gritos de ¡Viva Ricardo!*)

ISABEL. Ricardo!

REINA. Ven, mi emocion me delataria. (*Salen Isabel y la reina.)*

GUILL. Ir ahora á entregar una carta!.. precisamente en lo mejor de la fiesta! (*Pegando una patada en el suelo.*) Voto va!..

HERAL. (*En el campo.)* Se vá á disputar ahora la flecha de plata.

GUILL. La flecha de plata!.. Oh! no resisto á la tentacion!.. Despues llevaré la carta á Hawkins... A mí! *(Coge un arco y se coloca en posicion para tirar.)*

UNO. (*Riendo.*) Eh! cuidado! que vais á matar al marcador!

GUILL. (*Estendiendo su arco.*) Veremos quién se rie de quién!

RICARDO. (*Aparece seguido de Scroop.—A Guillermo.*) Asi no estás bien. (*Colocándole en posicion.*) Esa pierna hácia delante... los piés clavados en el suelo.... el cuerpo sobre el arco.... un poco mas... la cuerda vigorosamente tendida... y ahora... suelta!.. Bien!.. tú has ganado! (*El marcador trae la flecha de plata á Ricardo.*) (*Entregando la flecha á Guillermo.*) El cuerpo mas inclinado sobre el arco, y serás tan fuerte como Ricardo!

TODOS. Viva Ricardo! Viva Ricardo! (*Ricardo entra en la tienda con Scroop.*)

ESCENA V.

SCROOP.—RICARDO.

SCROOP. Bravo! milord, os admiro!
RICARDO. Qué quieres, mi buen Scroop! he dado esta fiesta para distraer y consolar á mis barones. He tirado el arco como todos, he tomado parte en los juegos del pueblo, he hecho mi oficio de rey, qué quieres! (*Aparte.*) Tenga una fibra sensible y yo sorprenderé su secreto.
SCROOP. (*Aparte.*) Este buen humor es de mal agüero.
RICARDO. Ah! Concluye tu historia.
SCROOP. Concluyo, milord. El leon separó con sus garras las hojas que cubrian el cadáver, y despues de haberle movido á un lado y á otro entre sus manos velludas, se marchó con su hambre, no osando tocar á un cuerpo, en el cual la muerte habia puesto el sello de su magestad.
RICARDO. En efecto, matar á un hombre que no estima la vida, es lo mismo que dar una cuchillada á un muerto.
SCROOP. Claro está: ¿qué seria la muerte sin el dolor? Un sueño!
RICARDO. Hé ahí por qué el leon desdeña el cadáver que encuentra; hé ahí por qué le vuelve á un lado y á otro con cuidado feroz; porqué busca la oculta fibra en la cual tal vez se ha refugiado la vida, para sentirla como un testimonio de su poder... Yo soy de la raza de los leones, ten cuidado!
SCROOP. Por eso os admiro, milord.
RICARDO. (*Aparte.*) No se ha estremecido. (*Pasándole la mano alrededor del cuello.*) Hermosa cabeza para hacerla caer si me fueses menos fiel.
SCROOP. Me lisonjeais, milord.
RICARDO. (*Aparte.*) Ni siquiera se ha inmutado. (*Alto.*) Te han pronosticado cómo morirás?
SCROOP. Jamás me he ocupado de eso, milord.

RICARDO. A mí me han pronosticado que moriria en una batalla.

SCROOP. Ah! es una hermosa muerte!

RICARDO. En efecto, vale mas la espada que la horca.

SCROOP. No soy preocupado, milord; creo que tambien se puede glorificar la horca. El patíbulo no es á veces mas que la puerta de la inmortalidad, que se abre para recibir el alma gloriosa de un mártir.

RICARDO. *(Aparte.)* El género de muerte es tambien impotente para él! *(Alto.)* Ah! moririas sin pesar?

SCROOP. Quién lo sabe!

RICARDO. Quién lo sabe!... yo! Se muere con pesar cuando se tienen tu juventud y tu salud. Por aislados que vivamos, siempre tenemos algun vínculo en la tierra. Tenemos una madre... una hermana... una mujer á quien amamos... *(Aparte.)* Nada! nada! *(Alto.)* Tu muerte, cuantas lágrimas arrancaria quizás! Ver á tu pobre madre arrastrando su desvalida ancianidad sobre una tumba; á tu infeliz hermana seducida y sin un brazo que la vengára; á tu pálida esposa con la desesperacion en el alma!... Oh! las pobres flores sin sol!... porque tú eres amado, no es verdad?

SCROOP. De vos, milord.

RICARDO. De mí? tienes razon. *(Aparte.)* Es doblemente peligroso si no ama á nadie. *(Llamando.)* Dighton!

SCROOP. Dighton?

ESCENA VI.

Dichos.—DIGHTON.

RICARDO. *(A Scroop.)* Sin duda, he reemplazado á Rutland.

SCROOP. *(Aparte.)* El asesino de sus sobrinos!

RICARDO. *(Bajo á Dighton.)* He sido engañado: lo sabes? Conoces tú algun suplicio mas cruel que la muerte?

DIGHTON. Buscando se encuentran tantas cosas, milord!
RICARDO. (*A Scroop.*) No te haré esperar, mi buen Scroop, no te haré esperar. (*A Dighton.*) Busquemos, Dighton, busquemos. (*Entran en la tienda.*)

ESCENA VII.

SCROOP *solo.—Despues* NELLY.

SCROOP. Gracias, Dios mio, me habeis mostrado las garras del tigre!
NELLY. (*Entrando.*) Ah!
SCROOP. Nelly!
NELLY. Scroop! ah! amigo mio, os buscaba!
SCROOP. Qué! qué hay? dónde está vuestro salvoconducto?
NELLY. No lo tengo.
SCROOP. Y sabeis la consigna?
NELLY. Sí, la sé, pero no importa! Os buscaba, vengo á salvaros, huid.
SCROOP. A salvarme?
NELLY. Ricardo lo sabe todo!
SCROOP. Ricardo! qué es lo que sabe?
NELLY. Esta noche habeis estado en mi casa!
SCROOP. Sí!
NELLY. Un hombre habia entrado en ella antes que vos!...
SCROOP. Ricardo!
NELLY. Amenazó á Guillermo, y Guillermo tuvo miedo.
SCROOP. Ricardo!
NELLY. Era él!
SCROOP. Condenacion!... y Hawkins?
NELLY. Mi padre está vigilado por Forrest, que no se aparta de él!
SCROOP. Oh!
NELLY. Le dejaron un momento de libertad para venir á la cita.
SCROOP. Y vendrá ella?
NELLY. Sí, con el filtro convenido.
SCROOP. A la cita, con el filtro convenido, Ricardo lo sabe todo! Tu padre es un traidor!...

NELLY. Mí padre?

SCROOP. *(Reponiéndose.)* No... pero escúchame, Nelly, escúchame... reune tus recuerdos y pesa tus palabras... Tu padre no ha querido abrazarte al despedirse de tí? No has reparado su semblante? Te miró frente á frente? No has observado nada en él?

NELLY. Me dejó con aire resuelto: estaba tierno y grave: me estrechó en sus brazos con cierta altivez dolorosa, y despues partió.

SCROOP. Respiro. *(Estrechando su mano.)* Tu padre es digno de tener una hija como tú.

NELLY. Y bien! qué esperais? qué haceis? Ah! huid, huid!

SCROOP. Nada se ha perdido todavía. O tú ó yo, Ricardo! Ah!... Por eso pasabas tu mano al rededor de mi cuello! ah! pones guantes á tus garras! O tú ó yo, te digo! *(A Nelly.)* No es una lucha gloriosa y con armas corteses la que vas á presenciar, es una lucha de tigre á tigre, es una lucha de dos fieras que se acarician y se tienden para devorarse mejor.

NELLY. Me aterrais!

SCROOP. Oh! heróica jóven!... *(Estrechando su mano.)* Te aterro!... y tu reconocimiento te ha hecho superior al temor, y para salvarme arriesgas tu vida!

NELLY. Ese es mi deber.

SCROOP. Tambien yo debo morir ó salvarlas! *(Se pone á la mesa de la izquierda y escribe.)* Los hombres como Ricardo ni aman, ni odian; sospechan. *(A Nelly.)* Tranquilízate, tengo formado mi proyecto.

NELLY. *(Yendo al fondo.)* Despachaos, el rey puede volver.

SCROOP. *(Aparte.)* Sobre quién haré recaer sus sospechas? Ah! Dighton! *(A Nelly.)* Nelly, toma esta carta, es de Raoul de Fulke á Dighton!...

NELLY. Raoul de Fulke!.. Y sois vos...

SCROOP. La confiarás á cualquiera, con la órden de traerla aquí en el acto.

NELLY. Para entregarla á Dighton?

SCROOP. No, es menester que esta carta sea interceptada

:

aquí en la tienda del rey. Evita el ser sorprendida. Espera!—Eres hermosa y tienes ingenio... Deberás seducir á Dighton durante diez minutos... te asirás atrevidamente de su brazo, y fascinándole con tu juventud y tu belleza deslizarás esta mitad de escudo en su escarcela...

NELLY. (*A Scroop que se vuelve repentinamente.*) Qué es?

SCROOP. Creí que nos escuchaban! (*Le dá el escudo.*) Esta mitad de escudo en su escarcela. Hecho esto habrás salvado mi vida.—Vuelve al punto. Me esperarás detras de aquella cortina. (*Indica el lado izquierdo. Nelly sale.*)

ESCENA VIII.

SCROOP, *solo.*

Hay en el peligro cierta embriaguez que me agrada. Solo Dios sabe cual de nosotros dos saldrá vencedor! Es la lucha del mal y del bien. Veremos si el mundo pertenece al crímen ó á la virtud; á todo lo que hay de mas repugnante y mas infecto en el alma humana, ó al heroismo, á la amistad y al amor! Ya está aquí. (*Ricardo viene con Dighton.*)

RICARDO. (*Bajo á Dighton.*) Me has comprendido?

DIGHTON. (*Mostrando á Scroop.*) Sí, milord, seré tan galante con él, que emplearé una cuerda nueva. (*Se aleja.*)

SCROOP. (*A la izquierda.*) Nadie todavia, nadie! (*Ve á Guillermo que entra con una carta en la mano.*) Ah!

ESCENA IX.

GUILLERMO.—SCROOP.—RICARDO.

GUILL. (*Aparte.*) Como si yo no tuviera mas que hacer que llevar y traer cartas. Señor Scroop, habeis visto á Dighton? Traigo esta carta para él.

SCROOP. (*Agarrándole por el cuello.*) En nombre del rey, dáte preso!

GUILL. Que me estrangulais!

SCROOP. (*Bajo.*) Calla, ó eres perdido!

GUILL. Qué habré hecho yo?

SCROOP. Traidor! miserable! no te escaparás de mis manos!

RICARDO. (*Adelantándose.*) Qué es eso?

GUILL. (*En el colmo del terror.*) No lo volveré á hacer, milord, no lo volveré á hacer!

SCROOP. Aquí anda la mano de Richemond, milord!

RICARDO. (*Arrebatando la carta á Guillermo.*) Una carta de Raoul de Fulke!

SCROOP. Mirad si decia yo bien: su misma letra ¿qué tal?

RICARDO. (*Leyendo.*) »Se acerca el momento decisivo. Que »todo esté preparado, Dighton: no pierdas de »vista á Ricardo: necesito conocer hasta sus mas »pequeños movimientos: de eso depende el éxi»to de la empresa. Un hombre te entregará ma»ñana la suma convenida entre nosotros.»—Firmado, Raoul de Fulke.

SCROOP. Quién lo diria, milord!

RICARDO. Trae una posdata. (*Leyendo.*) »Hallarás dentro »de esta una mitad de escudo, nuestra contra»seña, que harás entregar á Stanley.—Firmado. Raoul de Fulke. (*A Guillermo.*) ¿Has encomendado tu alma á Dios?

GUILL. (*Con voz ahogada.*) No he comprendido bien á vuestra Alteza.

RICARDO. Ah! tambien tú conspiras?

GUILL. Yo!

RICARDO. De quién me he de fiar, si esta cara de imbécil es una mentira!

GUILL. Mi cara no miente jamás, milord... yo... sí... pero... (*Cayendo de rodillas.*) Tened misericordia!

SCROOP. Yo lo he interrogado, milord. Ni es agente de Richemond, ni emisario de Raoul, ni siquiera espia de Dighton! Es un imbécil, como vos deciais.

GUILL. (*Continuando de rodillas.*) Sí, mi soberano, sí.

SCROOP. Un estúpido.

GUILL. Sí, sí!

SCROOP. A quien un desconocido...

GUILL. Es verdad!

SCROOP. Ha dado una pieza de oro por entregar esa carta á Dighton.

GUILL. Es la verdad.

RICARDO. Qué señas tenia ese hombre?

GUILL. Era mujer! *(Desdiciéndose á una seña de Scroop.)* No, un hombre!.. Tenia un velo... no, una espada... con una saya blanca...—No puedo cordinar las ideas, milord!

RICARDO. Un buen calabozo te iluminará el entendimiento. *(Arrancando un pergamino de la cintura de Guillermo.)* Ah! ¿Todavia otra carta?

GUILL. Es de la reina, milord; la reina me habia encargado que se la llevase á Hawkins...

SCROOP. *(Aparte.)* La reina!

GUILL. Me he metido entre los arqueros, vuestra Alteza me ha hecho tirar el arco, y la he olvidado; pero se la llevaré ahora mismo...

RICARDO. *(A Scroop designando á Guillermo.)* Al castillo de Exbury!

GUILL. Qué delito habré cometido?

SCROOP. *(Bajo á Guillermo.)* Vé sin miedo, yo te salvaré.

GUILL. *(A Scroop.)* Vos me salvareis? *(Al que le conduce, cubriéndose.)* Marchemos!

ESCENA X.

RICARDO.—SCROOP.

SCROOP. Hoy no habeis perdido el dia, milord!

RICARDO. En verdad que no! *(Metiendo la carta en su bolsillo, aparte.)* Estas mujeres rabian por escribir.

SCROOP. Es un dia mejor aun de lo que vos creeis. Oh! yo valgo tanto oro como peso... Suponed que os encontrábais dentro de un buque que hacia diez toneladas de agua por minuto, que se iba á pique... mas claro, vuestra Alteza tenia en una jaula dos hermosos pájaros cuyas alas han cre-

cido en una noche, y que no esperaban mas que una puerta abierta para echarse á volar... en una palabra, la princesa debe tomar un narcótico esta noche.

RICARDO. *(Burlándose.)* Tú lo crees?

SCROOP. Despues debe ser conducida al panteon del convento de Leicester.

RICARDO. De veras?

SCROOP. De allí, robada y trasladada al campamento de Richemond. La hora de la cita, las doce de la noche.

RICARDO. Es cierto?... Pues oye, Scroop: nada me has dicho de nuevo. Todo eso que acabas de contarme, estaba yo cansado de saberlo.

SCROOP. Vos?

RICARDO. Como lo oyes. Y sé quizá lo que tú no sabes. La hora de la cita se ha variado.

SCROOP. Se ha variado?

RICARDO. Ya no será á las doce de la noche, sino á las doce y media.

SCROOP. *(Reponiéndose.)* Ah! vuestra Alteza es un prodigio: cuando yo creia sorprenderos, vos sois quien me sorprende á mí. En efecto, ignoraba ese detalle. Pero ¿sabeis vos tambien que yo soy el alma de la conjuracion?

RICARDO. *(Sorprendido.)* Tú?

SCROOP. Que yo me he finjido partidario de la reina para poseer sus secretos, y que he organizado yo mismo el plan para no perder una sola palabra?

RICARDO. *(Admirado.)* Ah!

SCROOP. Ah! Vos lo ignorábais? Pues bien, yo os lo revelo. Vuestra Alteza no tiene mas que hablar, yo estoy pronto.

RICARDO. Has estado mas de una hora conmigo en el campo...

SCROOP. *(Vivamente.)* Y nada os he dicho?

RICARDO. Justamente.

SCROOP. Vanidad, milord, pura vanidad. Yo habia descubierto una conspiracion, y queria reservarme todo el honor del descubrimiento; queria, en fin, arrostrar solo todos los peligros, reunir todos los hilos y todos los cómplices, y deciros: ahí los teneis, ¿qué se hace de ellos?

RICARDO. *(Mostrándole á Dighton, que entra con una cuerda en la mano.)* Te has esplicado á tiempo, porque iba á hacerte ahorcar.

SCROOP. Os lo agradezco, milord. Aunque en todo caso perderiais mas que yo.

ESCENA XI.

Dichos.—DIGHTON.

DIGHTON. Vuestra Alteza ha perdonado?

SCROOP. No, su Alteza no ha perdonado: hace justicia á la lealtad, así como castiga la traicion. Yo apuesto á que tienes la mitad de un escudo en tu escarcela.

DIGHTON. La mitad de un escudo? Y para qué queria yo una moneda partida que nadie habia de admitir?

SCROOP. Vamos! qué apuestas?

DIGHTON. *(Desocupa su escarcela á una señal del rey.)* Apostar?... Está loco!

SCROOP. Registra bien!

DIGHTON. *(Sacando la mitad de un escudo de su bolsillo.)* Qué significa esto?

SCROOP. Ah! razon tenias en no querer apostar. Llueven escudos, señor Dighton. *(Bajo á Ricardo.)* La contraseña de Raoul de Fulke.

RICARDO. *(Aparte.)* No ha palidecido... Cuál de ellos es el criminal?

SCROOP. *(A Dighton.)* Todo ello no ha sido mas que una broma de su Alteza.

DIGHTON. *(Al rey.)* Una broma?

RICARDO. Sí, sí... Déjanos!

SCROOP. *(Coge del suelo la cuerda que Dighton habia dejado caer, y se la entrega, llevándole hácia la puerta.)* Recojed vuestra cuerda, porque puede serviros... para vos mismo.

ESCENA XII.

RICARDO.—SCROOP.

RICARDO. *(Aparte.)* Uno de los dos me hace traicion... ó el uno ó el otro; no hay remedio.
SCROOP. *(Al rey.)* Ya lo habeis visto, milord.
RICARDO. Tú, tú eres muy bueno y leal servidor. (*Aparte.)* Los haré matar á entrambos esta noche. (*Alto.*) Pero mi plan es preferible al tuyo.
SCROOP. Ah!
RICARDO. Un plan infalible. En lugar de veinte y dos gotas, Hawkins verterá cincuenta; qué te parece?
SCROOP. (*Aparte.*) Cincuenta.
RICARDO. Qué dices?
SCROOP. *(Haciendo un esfuerzo para reirse.)* Pero... yo... sí... cincuenta! Me parece perfectamente. *(Aparte.)* Cómo sabré lo que pasa?
RICARDO. (*Riendo.*) Lo mejor, seria concluir con los dos de un solo golpe. No es cierto que seria lo mejor?
SCROOP. *(Asustado.)* Mas bajo, milord, mas bajo. Allí hay una persona.
RICARDO. Una persona que nos escucha?
SCROOP. No, milord, es la hija de Hawkins. Viene á buscar un salvoconducto que yo suplico á vuestra Gracia le conceda.
RICARDO. La hija de Hawkins.
SCROOP. Sí, milord. (*Se oye sonar el relój.*)
RICARDO. Las doce y media! silencio. Hawkins! *(Entra Hawkins conducido por dos hombres y precedido de Dighton.)*

ESCENA XIII.

Dichos.—HAWKINS.—DIGHTON.

RICARDO. (*Bajo á Dighton.*) No ha hablado con nadie?
DIGHTON. No, milord; pero así que partió vuestra Alteza, se encerró en su gabinete. Se oyó dentro

ruido de almireces y de hornillos, y despues un grito de triunfo: «lo he conseguido» dijo. Esto nos hace sospechar que ha adulterado el filtro.

RICARDO. *(Aparte.)* La hija me responderá del padre. *(A Hawkins.)* Acércate!... El pomo?— Esperarás la señal dentro de mi tienda, detrás de esta cortina.

HAWK. Está bien, milord.

RICARDO. Veinte y dos gotas es el sueño; cincuenta es la muerte?

HAWK. Sí, milord.

RICARDO. *(Vá á la pequeña mesa de la izquierda sobre la cual están colocados un vaso y dos jarrones. A Hawkins despues de haber llenado el vaso de agua.)* Vierte cincuenta gotas.

HAWK. *(Ap. Despues de haber vertido un cierto número de gotas.)* Si la ciencia se engañase!

RICARDO. Cincuenta...

HAWK. *(Lo mismo.)* Si esto fuese la muerte!

RICARDO. *(Insistiendo.)* Cincuenta. Entregarás esta copa á Isabel. *(Hace seña á Dighton para que vele por la copa y por Hawkins.)* Haz entrar la mujer que está allí. *(Scroop hace entrar á Nelly.)*

ESCENA XIV.

Dichos.—NELLY.

RICARDO. *(A Nelly.)* ¿Es ese tu padre?

NELLY. Sí, milord.

RICARDO. *(A Hawkins.)* Es esa tu hija?

HAWK. Milord...

RICARDO. *(Friamente.)* Es esa tu hija?

HAWK. Sí, milord.

SCROOP. *(Ap.)* Qué intentará?

RICARDO. *(Bajo.)* Si dentro de cuarenta y ocho horas se levanta Isabel, rasgando la mortaja con que tú la habrás cubierto, ella será la que muera.

HAWK. *(Aterrado.)* Mi hija! *(La abraza.)*

RICARDO. Llevaos esa mujer y vigiladla.

HAWK. *(Se coloca entre su hija y el rey.)* Milord, milord...

RICARDO. *(Bajo.)* O la una ó la otra; elige.
NELLY. Qué tienes, padre mio?
HAWK. No temas... Vé, hija mia, vé. *(Se la llevan.)*
RICARDO. Sígueme, Scroop! *(Sale por el fondo.)*
HAWK. O mi hija ó la hija de mis reyes!
SCROOP. *(Acercándose á él.)* Qué vas á hacer?
HAWK. Lo que haríais vos. *(Pasa cerca de él.)*
SCROOP. *(Deteniéndole).* Hawkins!
HAWK. Voy á orar. *(Entra en la tienda.)*
SCROOP. Oh! sublime abnegacion! *(Viendo á Isabel y á la reina.)* Ya están aquí. *(A Isabel.)* Dios salvará á la Inglaterra! *(A la reina.)* Hawkins está pronto : dad la señal, señora. *(Sale.)*

ESCENA XV.

LA REINA.—ISABEL.

ISABEL. Lo has oido?... Sí, dos golpes en ese timbre y nos hemos salvado! Oh! no vaciles... Esa no es la muerte, es la vida!
REINA. *(Vá á herir el timbre.)* No, yo no podré jamás! No comprendes mi angustia? La muerte que te rodea... tus sonrosadas megillas que palidecen!... La luz de tus ojos que se apaga... No, es imposible, es imposible!
ISABEL. Madre mia!
REINA. *(Estrechándola en sus brazos.)* Y si fuese la muerte? Y si no respondieses á mi voz? Y si Hawkins se hubiese equivocado?... Ah! jamás! jamás!
ISABEL. Madre mia!
REINA. Pero qué cambio se ha operado en tí! tú que no osabas permanecer sola un instante en las tinieblas, arrostrar ahora la muerte sin temblar!
ISABEL. Amo á Richemond, madre mia.
REINA. Ah! si tú hubieses visto dos hijos asesinados en tus brazos, comprenderias mi terror. ¿Ves cómo lloro? Tengo yo la culpa de quererte tanto? Ah!

tú tendrás piedad de tu pobre madre, hija mia, que moriria de tu muerte, así como vive de tu vida.

ISABEL. *(Haciendo un esfuerzo sobre sí misma.)* Amo á Richemond, madre mia.

REINA. *(Con desesperacion.)* Ah! los hijos! apenas tienen alas cuando huyen del nido en donde crecieron arrullados por el amor maternal! ingratos, no tienen corazon sino para olvidar á la infeliz que los alimentó con su propia sangre!

ISABEL. Oh! no interpretes asi mis palabras! sabes que daria mi vida por tí como por él; pero díme si no es una afrenta que la hija de Eduardo permanezca al lado del asesino de tus hijos.

REINA. Mis hijos! yo no tengo mas que á tí, y quiero que tú vivas. *(Dejándose caer en un sillon.)*

ISABEL. Madre mia!

REINA. Oh! los Yorks! serian capaces de amortajarse voluntariamente en su orgullo! Tienes toda la dulzura y toda la tenacidad de tu padre. Yo no habia nacido para el trono. Yo habia nacido para ser una buena madre y nada mas! Ah! por qué no habias de ser tú una humilde hija del pueblo, una oscura mujer del campo, que sale al despuntar la aurora á cultivar la tierra, arrostrando la inclemencia del tiempo, y que vuelve al caer el sol, abriendo sus brazos fatigados á la madre que la espera! Abrázame, hija mia. *(Dá dos golpes en el timbre.)* Yo sabré morir si tú mueres! *(Aparece Hawkins.)*

ESCENA XVI.

LA REINA.—ISABEL.—HAWKINS.

REINA. Un vaso de agua, mi hija padece!

HAWK. *(Ap.)* Su hija padece... y la mia, padecerá mucho tiempo para morir?

REINA. *(Bajo á Isabel, mostrándole con el dedo á Hawkins.)* Lo ves? vacila!

HAWK. (*Ap. con desesperacion.*) La una ó la otra!

REINA. (*Lo mismo.*) Lo ves? tiembla!

HAWK. (*Lo mismo.*) La una ó la otra!

REINA. Lo ves? palidece!

HAWK. (*Dejándose caer sobre un asiento, la cabeza entre sus manos.*) Elige, desdichado, elige!

ISABEL. (*Yéndose hácia él.*) Hawkins, me abandonas?

HAWK. (*Levantándose.*) No, no! (*Hace una seña á Dighton que aparece con la copa.*)

REINA. (*A Isabel.*) No tiemblas?

ISABEL. No, madre mia.

REINA. (*A Hawkins que llega con la copa.*) Te atreves á estrechar la mano de una mujer honrada? (*Hawkins se la estrecha sin decir nada. Ap.*) Sí, es la mano de un hombre leal. (*A Isabel.*) Tienes valor?

ISABEL. No es el desprecio de la muerte lo que me infunde valor, sino el deseo de vivir. Dadme.

REINA. Isabel!

ISABEL. La voluntad de Dios se cumpla. (*Toma la copa.*)

ESCENA XVII.

Dichos.—RICARDO, *en el fondo.*—SCROOP, *en el campo con los barones.*

REINA. (*Deteniéndole el brazo.*) Isabel!

ISABEL. Dios vela por nosotros, madre mia! (*Bebe.*)

REINA. (*Arrancándole la copa.*) Oh! no mas!

ISABEL. (*En el delirio.*) Tienes razon. Ah! es estraño! No sé lo que siento aquí, en la frente. Parece que todo se mueve en derredor de mí... Callad! apartaos! veo á mis hermanos, que me tienden sus hermosas manos á través de las nubes!... Y á Richemond que me saluda perdiéndose en los vapores azulados de la mañana, como una sombra que huye del sol. (*La reina ha seguido el delirio de su hija con un terror creciente, sin pensar en dar la copa que alarga lentame-*

te, sin mirar á quién. Se descorren las cortinas de la tienda y aparece Ricardo rodeado de los barones.)

REINA. (*Volviéndose.*) Ricardo! mi hija ha muerto!

ISABEL. Madre mia!

RICARDO. Ha muerto? y á manos de quién? Oh! no es menester buscar el culpable!... Quien fué esta noche á la casa de Hawkins? Tú. Quién le pidió ese veneno? Tú. Quién le citó para esta tienda? Tú... Tengo la prueba, milores! (*A la reina.*) Si tu hija ha muerto, tú eres quien la ha asesinado!

REINA. Dios mio! Esta última infamia le faltaba! Ah! defiéndeme, hija mia, defiéndeme!

ISABEL. (*Delirando.*) Vos? quién sois vos? qué me quereis? Yo no os conozco.

REINA. Isabel!

ISABEL. Ah! sí: os reconozco: reconozco la mano siniestra que me ha presentado el veneno... ahí está! ahí está!

REINA. Ah! Delira! hija mia!

ISABEL. (*Cuyo delirio aumenta.*) Ah! Dejadme! he bebido bastante! he bebido bastante!

RICARDO. (*A los lores.*) Su misma hija la acusa, ya la oís!

ISABEL. He bebido bastante!... dejadme... dejadme... ah! (*Cae inmóvil.*)

RICARDO. Os he hablado de una prueba, milores, aquí la teneis. (*Les muestra la carta.*) Leed, leed!... pero, yo mismo la leeré!... y si esa mujer se atreve á desmentirme, consiento en ser degradado como caballero... tonsurado y encerrado en un claustro como rey. Escuchad. (*Leyendo.*) «He variado la hora; estad en la tienda del rey «á las doce y media. Como señal, dos golpes en »un timbre. Isabel pedirá un vaso de agua, tú »le darás el filtro convenido. Acabemos de una »vez.—Firmado, la viuda de Eduardo.» (*Dándole la carta.*) Acabemos de una vez!—Esa frase espantosa ahí está! (*Señalando la carta. Movimiento de horror.*)

REINA. Y Dios le deja hablar!

RICARDO. (*Señalando el renglon.*) Ahí!... ahí!... Y si se necesita un testimonio mas, milores... ahí te-

neis á Hawkins, su cómplice... Habla, Hawkins! (*Bajo.*) Acuérdate de tu hija! (*Alto.*) He dicho la verdad, sí, ó nó? Te ha inducido á ese crímen, sí, ó no?

HAWK. Sí!

REINA. Horror! horror!

SCROOP. (*Ap.*) Este hombre es el genio del crímen!

REINA. (*Yendo hácia Hawkins.*) Desventurado anciano, tienes ya un pié en el borde de la tumba, vas á comparecer bien presto delante de Dios, mírame frente á frente... Te atreves á repetir lo que has dicho?

HAWK. (*Ap.*) Su dolor me desgarra el corazon!

REINA. Te atreves?

HAWK. He dicho la verdad. (*Movimiento general.*)

REINA. (*A los barones.*) Ah! Yo os juro que ese hombre miente! Pero no, vosotros no lo creeis... no lo creis... no podeis creer en esa monstruosidad... Yo queria salvarla... Ah! si las cenizas de mi madre, si las cenizas de mis hijos estuviesen ahí, os dirian: «él miente!» (*Estrecha á su hija en sus brazos.*) Hija mia!.. Ved, milores, vosotros tambien teneis hijos... no se abraza al hijo á quien se mata! (*Llorando, con su cabeza entre las manos.*) Oh! miserables! (*Con violencia.*) Está bien! no, no lloraré! me resignaré, callaré! Este cuerpo no saldrá de aquí, en tanto que mi inocencia no esté reconocida. Milores, apelo al juicio de Dios!

RICARDO. Vive Dios! El palenque está abierto! Yo concedo el permiso! Pero dónde está el caballero que blandirá la espada ó la lanza por el honor de una madre que mata á su hijo?.. Dónde está?

SCROOP. (*Aparte.*) Oh! infamia!

REINA. Yo soy la viuda de Eduardo, milores. Vosotros me habeis visto en el trono y en la adversidad. Yo he permanecido digna de este nombre. Pero soy una madre á quien destrozan el corazon. (*Mostrándoles su hija.*) Vosotros podeis contar mis heridas por las vuestras, porque mi duelo ha sido el de la Inglaterra!.. Una sola hija me quedaba, y vedla ahí!.. Y se me acusa

de su muerte! (*Movimiento de Ricardo.—La reina con impetuosidad.*) Ah! Dejadme hablar! Crees tú que la leona tiene miedo del tigre? (*A los barones.*) Soy inocente, milores! Habeis visto sobradamente mis lágrimas para no reconocerlas! Pues bien! Si hay entre vosotros un hombre compasivo, yo apelo á su piedad; un hombre generoso, yo apelo á su valor; un hijo, un padre, yo apelo al respeto del uno y al amor del otro. (*Arrojándose á sus piés.*) Milores, es la viuda de vuestro rey quien se pone bajo vuestra proteccion. Y todos, todos callais! Ah! Cobardes, cobardes! (*Cae sollozando casi sin vida sobre el cuerpo de su hija.*)

SCOOP. (*A los barones.*) Caballeros! Si vuestro silencio es una acusacion, habeis mentido torpe y villanamente. (*Levantando á la reina.*) Levantaos, señora, levantaos! Sí, delante de Dios y delante de los hombres, yo os desafío á vosotros, á vuestros hijos y á vuestros nietos!... Yo os desafío, caballeros cobardes y desleales, á espada, á lanza y á puñal, á vida ó muerte .. Abrid la lid, estoy pronto.

RICARDO. Qué decis, milores? Mi bufon! un bufon por caballero! Un bufon por defensor! Vamos! Estais vengados de sus injurias. (*A Scroop.*) Bufon, dáme tu sable de palo para que yo te castigue.

SCROOP. Rey Ricardo, mientes! Yo te arrojo mi guante á la cara, y con mi guante te arrojo mi nombre. Yo soy Raoul de Fulke. (*Todos se precipitan sobre el guante.*)

TODOS. ¡Raoul!

RICARDO. Que nadie toque á ese guante: eso guante es de un traidor. (*Llamando.*) El verdugo! (*Entra el verdugo.*) Recoge ese guante... te pertenece, y esa cabeza tambien. (*Designa á Raoul.*)

RAOUL. (*Precipitándose sobre Ricardo.*) Ah! no quieres el juicio de Dios? Pues bien! muere, regicida, muere! (*Le hiere.*) Condenacion! la cota de malla!

RICARDO. (*Friamente.*) Tenias razon! es buena tu cota de malla! (*A los soldados.*) Prendedle. (*Scroop se

precipita sobre su hacha de armas en medio del movimiento general para prenderle.—Quita su capa y la arroja á los ojos de sus adversarios, hiriendo á derecha é izquierda con su hacha.)

SCROOP. Yo soy Raoul de Fulke, y os lo voy á probar! Atrás, bandidos... Atrás! atrás! (*Se abre paso en la tienda.)* Richemond y la Inglaterra! á mí! *(Desaparece.—Se oye repetir dos veces á distancia: »Richemond y la Inglaterra á mí!»)*

REINA. *(Con desesperacion.)* Dios mio!

HAWK. *(Acercándose vivamente á la reina. Bajo.)* Rogad y llorad mas bien por mi hija; la vuestra vivirá, señora!

REINA. (*Pasando de la desesperacion á la alegria.)* Mi hija!

HAWK. Conteneos: Ricardo os observa!

RICARDO. (*Aparte.—Ha observado la alegria de la reina.*) He sido burlado! (*Dighton vuelve.*)

ESCENA XVIII.

RICARDO.—DIGHTON.—UN SOLDADO.

DIGHTON. Milord, la traicion está en el campo. Al nombre de Richemond y de Raoul han estallado numerosas defecciones. Ha habido combate y sangre. Raoul se ha escapado! (*Sonido de clarines en el campo.)*

SOLDADO. Milord, Richemond ha levantado sus tiendas: seremos atacados al momento.

RICARDO. Está bien. Mi armadura. A tu puesto, mi bravo Norfolk (*A un caballero.*) Haz ensillar mi caballo.

REINA. *(A sus piés.)* Ricardo!

RICARDO. (*Sin hacer caso de la reina.*) Mi lanza, Dighton, mi lanza! Guerra, milores! Vive Dios, el jabalí conserva todos sus dientes.

TODOS. Al combate!

REINA. (*Rogándole de rodillas.*) Hermano mio, por piedad!!

RICARDO. Prended á esa mujer y á ese anciano! (*Señalando á la reina y á Hawkins.*)

REINA. Ah! no teneis piedad!...

RICARDO. Guerra á los traidores y á los bandidos! Caballeros de Inglaterra, al combate!

(*Todos siguen al rey. Se oye en el campo una marcha militar y se ve desfilar por el fondo un tercio de arqueros. El telon cae lentamente.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Panteon del convento de Leicester: entrada en el fondo, oblícua, practicable por ambos lados y comunicando con la escena por medio de una escalera; á la derecha, en segundo término y en el suelo, entrada de un subterráneo: diez escaleras practicables para bajar á él: una columna con una cruz encima á su entrada. A la izquierda, en primer término, una cama imperial. La primera parte de la decoracion iluminada por las lámparas sepulcrales, la segunda y el fondo por la luna. Una cama de respeto sobre tres gradas, con las cortinas caidas.

ESCENA PRIMERA.

La Reina, *agoviada por el dolor, sentada en las gradas.—A la derecha,* Forrest *y* Dighton, *sentados en el suelo, jugando á losdados.—Entra* Leimerey.

Leimer. (*Dejando las herramientas en unrincon.*) Aquí están las herramientas con todo lo necesario para colocar la losa.

Dighton. (*Jugando.*) Once!—¿Ahora?

Leimer. No, dentro de media hora: yo os avisaré oportunamente, dando tres golpes en la puerta de bronce. Hé aquí la órden de inhumacion. Cuento con vosotros.

Dighton. No quereis jugar, señor Leimerey?

Leimer. Para jugar estoy yo!

Forrest. Pues qué hay?

Leimer. Qué ha de haber! Que se han encontrado ya las tropas de Ricardo con las de Richemond, y que

mientras vosotros jugais aquí algunos escudos, otros juegan allá fuera la corona de Inglaterra.

FORREST. Me alegro por quién soy! Ricardo es un gran capitan y dará buena cuenta de esos foragidos.

LEIMER. Allá veremos! Adios. (*Sale.*)

ESCENA II.

LA REINA.—ISABEL.—FORREST.—DIGHTON.

DIGHTON. Ya lo oyes: ha empezado el combate.

FORREST. Es verdad; pero ese allá veremos de Leimerey me dá mucho en qué pensar. Si Ricardo fuese derrotado...

DIGHTON. Tú todo lo ves pintado de negro. (*Jugando.*) Has perdido.—Ricardo triunfará.—Nueve!

FORREST. (*Mirando á Isabel por entre las cortinas.*) Díme, y si ella despertase, ¿tendrias valor para matarla?

DIGHTON. Bah! No dispertará! Yo no creo en la resurreccion de los muertos antes del juicio final.

FORREST. La has observado? ¿Has visto aquella piel fina y blanca?... Me infunde un respeto tal!... Repara... el vivo retrato de sus hermanos.

DIGHTON. Qué diablos! sus hermanos eran tan jóvenes y mas hermosos que ella, y tú me ayudaste á asesinarlos.

FORREST. Sí. Y has olvidado aquella noche? Qué noche tan atroz! Me acuerdo que subiamos, subiamos, y no se oia mas que el grito de los buhos y las alas de los murciélagos, que revoloteaban aturdidos por las negras escaleras de la torre. ¿Te acuerdas?

DIGHTON. De lo que yo me acuerdo es de que nuestros bolsillos sonaban como escarcelas de rey.

FORREST. Confieso que tuve miedo. Miré al cielo... y todo él presentaba un aspecto siniestro, ni una estrella siquiera!... manchas rojas en el horizonte... manchas rojas en el cerco de la luna... y monstruosas nubes que corrian por el cielo como len-

guas de fuego ó de sangre. Entonces dije yo, »el cielo pide sangre: teñiré tambien mis manos!» Entré! Pobres niños!... Estaban acostados y dormian, reclinadas sus hermosas cabezas sobre una misma almohada y caidos sus rubios cabellos sobre sus pequeños brazos entrelazados. Dos palomas en un mismo nido!... Y tuve valor para matarlos!... miserable!... (*Dighton se echa á reir.*) Ah! no te rias!... Su último estremecimiento, el temblor de su dolorosa agonía, quedó impreso aquí en mi mano, y mi mano tiembla desde entonces. No te rias otra vez.— Esta noche misma los he vuelto á ver... allí, al pié de esa tumba, levantadas las manos al cielo y llorando, con dos grandes alas blancas estendidas!

DIGHTON. Ah!

FORREST. Si, Dighton: ellos me miraban con compasion. Pobres ángeles! Hubieran podido maldecirme y me han dicho: »No la mates, no la mates, todavia puedes salvar tu alma;» y desaparecieron!

DIGHTON. Veo que sueñas dispierto. Ea! volvamos á nuestro juego.

FORREST. (*Deteniéndole.*) Si ella dispertase... porque nosotros debemos matarla si despierta, seria necesario matarla de un solo golpe para no hacerla sufrir, no es verdad? al corazon!

DIGHTON. Como quieras! (*Se oyen tres golpes en la puerta de bronce.*)

FORREST. La señal! esto me quita un peso horrible de encima del corazon. Prefiero ser sepulturero á ser verdugo.

DIGHTON. Vamos! Despachemos!

FORREST. No despertemos á la reina, no la despertemos: silencio... sus gritos hendirian las piedras. (*Alzando las cortinas.*) Ah! Dios mio!

DIGHTON. Qué es eso?

FORREST. No es nada, nada: habia creido percibir un movimiento en sus lábios.

REINA. (*Vuelve en sí exhalando un suspiro ahogado.*) En dónde estoy? (*Mira en rededor de sí. Despues permanece un momento muda é inmóvil: en seguida vé que quieren llevarse á su hija y se*

lanza en medio de los dos hombres.) Ah! hija mia!

DIGHTON. Vuestros gritos y vuestras lágrimas son inútiles, señora. Han pasado ya las cuarenta y ocho horas. Tenemos nosotros la culpa de que os hayais dormido?

REINA. Han pasado!... han pasado!... Oh! ha muerto! (*A Dighton que quiere volver á coger á Isabel.*) Ah! Dejádmela abrazar! Oh! Dios mio! no hay esperanza ya! ha muerto!

DIGHTON. (*A Forrest.*) Enciende el hornillo, yo prepararé la losa. (*Baja al subterráneo: Forrest enciende el hornillo.*)

REINA. Muerta!... Diez y ocho años!... mi pobre hija!.. Déjame que te mire por última vez. ¿Qué se hicieron tus tiernas caricias? ¿Donde está aquel lábio amado que se sonreia y me besaba? ¿Dónde está la mano amiga que me sostenia?

DIGHTON. (*Subiendo.*) Dame el martillo. (*Vuelve á bajar y se oyen poco despues los golpes del martillo.*)

REINA. Nada! (*Llamando.*) Hija mia!... (*Con estravío á su hija.*) Oyes?... es tu última morada que se prepara... es la tumba que se abre para recibirte.—Ah! callad! callad! no son esas piedras, es mi corazon el que estalla hecho pedazos bajo esos golpes!—Dios mio, Dios mio!—Y he podido dormir cerca de tu cadáver... (*Queda como anonadada con su terror.*)

DIGHTON. (*Subiendo de nuevo: á Forrest.*) Pienso que ahora no sentirá nuestros pasos, aprovechemos este instante. (*Toman á Isabel con precaucion y la llevan al subterráneo de manera que el público no la vea.*)

REINA. (*En el mismo asiento, casi delirando.*) Todo se acabó! Todo se acabó! He perdido á los tres! A mis tres hijos! (*Contando por los dedos.*) Eduardo, Ricardo, Isabel. Y yo vivo!... todavia! (*Forrest y Dighton reaparecen.*)

FORREST. No te canses, Dighton; no me convecerás de que está verdaderamente muerta. Yo veo en su semblante pálido é inmóvil un no se qué, que no es la muerte... un rayo de esa luz que se llama vida.

DIGHTON. Decididamente, tú has nacido para sacristan. Vamos, ven.

FORREST. No, no tocaré á la piedra... me obligarias á asesinarla como á los otros!...

REINA. *(Levantándose.)* La piedra!.. sobre mi hija? Y á mí? *(Se coloca en la entrada.)* Y á mí no me enterrareis viva con ella? Sí, á las dos, á las dos... Cuánto os han ofrecido? Doscientas, trescientas coronas... pues bien! yo os ofrezco el doble... sí, el doble... una fortuna en fin, pero dejadme morir en los brazos de mi hija!

DIGHTON. *(A Forrest.)* Sepárala de ahí, y yo me encargo de lo demas. Qué esperas?

FORREST. Digo resueltamente que no!

DIGHTON. En eso caso iré á llamar á Leimerey.

FORREST. *(Colocándose delante de él.)* No saldrás!

DIGHTON. *(Sacando el puñal.)* Por san Jorge!

FORREST. Me provocas? Acepto!... Id, señora, id al lado de vuestra hija!... Si es necesario tiempo para que Dios haga un milagro, este tiempo lo tendreis. *(La reina desciende lentamente.)*

DIGHTON. Ah! miserable! Escucha, escucha!... Nos hemos perdido, gritan viva Richemond. *(Se oyen gritos confusos que se acercan.)*

FORREST. No; gritan, viva Ricardo!

DIGHTON. Tienes razon, es Ricardo!

FORREST. *(Con terror y escuchando.)* No, es Richemond! *(Va á mirar á lo alto de la escalera.)* Es Richemond!.. Richemond que viene ébrio de alegría y de amor, y que no hallará mas que un cadáver! Nos hemos perdido, has dicho bien, no hay salvacion para nosotros!

ESCENA III.

DICHTON.—FORREST.—SCROOP.—BARONES.

SCROOP. *(Entrando el primero.)* Por aquí, milores! En fin! La Inglaterra se ha salvado! Ricardo ha huido delante de nuestros aceros! Richemond es el

vencedor y Dios le guia!—Isabel, hija de Eduardo, reina de Inglaterra, dónde estais?

DIGHTON. *(Temblando.)* Nosotros estamos determinados a salvarla, milord!

SCROOP. A salvarla? A quién? A Isabel?

FORREST. No ha despertado de su sueño, milord!

DIGHTON. Y hemos bajado su cuerpo...

SCROOP. *(Aterrado.)* Dios mio! hé aqui el premio que me reservábais despues de tantos sacrificios!

MONT. Isabel ha muerto, milores, ha muerto!

SCROOP. Hawkins! Hawkins!—Por qué he tardado tanto! *(Mirando hácia el subterráneo.)* Infeliz! eras la esposa de la muerte!—Dichosos vosotros, milores, que podeis llorar! *(Descendiendo lentamente.)* Muerta! Fatalidad! *(Desaparece. Todos los barones se inclinan tristemente sobre la entrada del subterráneo. En este momento aparece Ricardo en lo alto de la escalera del fondo: está pálido y anda con trabajo: sale embozado en su capa.)*

ESCENA IV.

Dichos.—RICARDO.

RICARDO. *(Aparte.)* Me he arrastrado hasta aquí para no morir en su presencia.—Torpes! Tantas heridas para un solo hombre! *(Descubriendo á los barones.)* Ah! estoy vengado! *(Con una risa sardónica.)* Ah! ah! ah!

BARONES. *(Volviéndose.)* Ricardo!

MONT. *(Desenvainando su espada.)* Ha sobrevivido á sus heridas! matémosle!

TODOS. *(Sacando sus espadas, y precipitándose sobre Ricardo.)* Si, matémosle.

RICARDO. *(Descendiendo lentamente la escalera con los brazos cruzados.)* Me asesinareis, no es verdad? *(Los barones no se atreven á herirle.)*

BAR. 1.° Tú has matado á mi hijo!

BAR. 2.° Tú has matado á mi hermano!

RICARDO. *(Marchando hácia ellos.)* Y os mataré á voso-

tros, porque vosotros sois tambien traidores! *(Retroceden.)* Rebeldes! Isabel ha muerto y yo soy ahora el heredero de la casa de York; y osais presentaros con las espadas desnudas delante de mí!.. Envainad al momento, doblad la rodilla, porque es Ricardo quien está delante de vosotros, porque es vuestro rey quien os lo ordena!

MONT. No tembleis, milores, no tembleis... no es mas que la sombra de Ricardo, miradle! *(Le arranca la capa y muestra su pecho ensangrentado.)*

RICARDO. Rodilla en tierra, os digo, rodilla en tierra... yo soy el rey, todavia el rey, siempre el rey! *(Scroop sube el primero y pone la mano sobre la espada de Ricardo, señalándole á Isabel que sube á su vez apoyada en su madre.)*

SCROOP. Lo crees así?

RICARDO. *(Retrocediendo espantado.)* Ah!

ESCENA V.

RICARDO.—ISABEL.—LA REINA.—SCROOP.—LOS BARONES.

ISABEL. Rey Ricardo, tu castigo empieza con nuestra dicha!

REINA. Rey Ricardo, *(Señalando á Isabel.)* saluda! Habias despreciado las lágrimas impotentes de la madre, y has olvidado la desesperacion del amante. El amor gritó: levántate! Y el cadáver arrojó su mortaja, respondiendo: héme aquí!

SCROOP. Saluda, saluda!... Tú tenias infierno, nosotros tenemos el cielo!

RICARDO. Yo tenia mi voluntad! *(A Scroop enseñándole el puño.)* Tú no me has vencido, me has robado!.. Ah! miserables... habeis querido ver morir á Ricardo!... Y qué! Qué habeis ganado? Ricardo moribundo os hace temblar aun!... Oh! estúpida humanidad!... Cobardes! cobardes! *(Cae al pié de la columna. Los lores llevan las manos á las espadas.)*

SCROOP. *(Deteniéndoles.)* No se hiere á un enemigo caido

su sangre os saltaria á la frente con la vergüenza y la impiedad de vuestra accion. Respeto al vencido, respeto al cadáver!

RICARDO. *(Enderezándose asido á la columna.)* En donde está el cadáver? *(Haciendo un esfuerzo para andar.)* Tienen razon... y yo tambien... estoy muerto y aun vivo!... *(Delirando.)* Quiero morir con la corona en la cabeza!... Mi corona!... Ah! es de espinas!... *(Aumenta el delirio.)* Traicion! York y Lancastre! Richemond y Raoul!... Traicion! Traicion!... Un caballo, pronto, un caballo!... Dame tu espada!... Ah! ah! estais mas pálidos que aquellos á quienes yo maté!... Quereis vengaros... acercaos! Una ola de sangre me trae... otra ola de sangre me lleva! La vida, hermoso harapo!... Mi cuerpo, ya no lo siento, tomadlo, se lo robais á los gusanos! Oh! estúpida humanidad. Cobarde! *(Cae y muere.)*

SCROOP. *(A Forrest y á Dighton.)* Bajad ese cuerpo á su última morada. *(A Isabel.)* ¡Venid, señora á los brazos de Richemond que os espera! A Lóndres, milores, á Lóndres! Viva Isabel! Viva la reina de Inglaterra!

TODOS. Viva!

FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 10 de Enero de 1853.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Rafael Perez Vento.

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid: en las librerias de Cuesta, calle Mayor; Monier, Carrera de San Gerónimo; Rios, y Perez, calle de Carretas.

EN PROVINCIAS.

Adra. . . .	D. Francisco Barranco Medina.
Albacete. . .	Nicolás Herrero y Pedron.
Alcalá. . . .	Benigno García Anchuelo.
Alcoy. . . .	José Martí y Roig.
Algeciras. . .	Clemente Arias.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almería. . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera. .	Joaquin María Casaus.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Avila.	Juan Antonio Gomez.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz. . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza. . . .	Manuel Alambra.
Barcelona. .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Benavente. .	Pedro Fidalgo Blanco.
Berja. . . .	Nicolas del Moral.
Bilbao. . . .	Nicolas Delmas.
Burgos. . . .	Sergio Villanueva.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud. . .	Bernardino Azpeitia.
Carmona. . .	José María Moreno.
Cartagena. . .	Vicente Benedicto.
Castellon. . .	Remigio Moles.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.
Cdad-Rodrig.	Salomé Perez.
Córdoba . . .	Juan Manté.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Ecija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	Jaime Bosch.
Gerona. . . .	Narcisa Grasses.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . . .	José María Zamora.
Guadalajara.	Fermin Sanchez.
Guardamar. .	Joaquin Muñoz.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Huelva. . . .	Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen. . . .	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Logroño. . .	Ciriaco Verdejo.
Loja.	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo.	D. Manuel Pujol y Masia.
Lucena	José Jimenez.
Málaga. . . .	Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Medina Sidon.	Hilario de Pina.
Motril	José Joaquin Batlle.
Murcia. . . .	Antonio Molina.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. .	Ignacio García.
Paris	Boix y Compañia.
Plasencia. . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Juan Verea y Varela.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Salamanca. .	Telesforo Oliva.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José María Espez.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Sres. Domecq y Sobrino.
Santander. .	Clemente María Riesgo.
Santiago. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona. .	Antonio Puigrubí y Canals.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	José M. Lezcano y Roldan.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Mariano Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José María Chao.
Vill. y Geltrú	José Pers y Ricard.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Zafra	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Conde.
Zaragoza . .	Pascual Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.